

La Esfera

15 Diciembre 1917

Año IV.—Núm. 207

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE ISIDORO MAIQUEZ, cuadro de Goya, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA



Los altos del Hipódromo de Madrid, al atardecer

FOT. SALAZAR

SI MADRID NO FUERA CORTE

Estos días en que el frío de la Sierra empieza a traspasarnos y ese viento sutil que mata a un hombre y no apaga un candil nos obliga a ir por la calle malhumorados y torvos, pensamos—ó mejor dicho, piensa nuestra debilidad—: ¿Por qué han hecho aquí la capital de España? ¿Qué razón hay para haberla traído a estos cerros inhospitalarios?—Y suponemos, por encima de las crónicas y de toda la Historia, que Madrid está aquí porque no pudo estar en otra parte, y que si lo eligieron para centro y corte de las Españas, no fué porque en él se encontraran todos los caminos, sino porque la rivalidad de unas y otras regiones hizo que ninguna de ellas consintiese en el engrandecimiento de la región favorecida, y así por odio, por envidia, por desconfianza mutua, vino a parar el cetro al último rincón. Madrid no es Castilla. Castilla hubiera sido Toledo, Segovia, Valladolid... El viejo reino de Castilla y León no ha dado a España esta ciudad, salida de la nada, contra lógica y contra sentido común. Ni aquí hay raíces milenarias, ni se ampara la capitalidad con el prestigio de ninguna tradición. Madrid es corte porque no lo sean Barcelona, Sevilla, Salamanca, Lisboa... Porque no lo sea nadie con personalidad, sino una creación, una invención de todas las regiones. Es, por lo tanto, una abstracción, hecha a la fuerza, y sólo así podemos explicarnos este ambiente de violencia en que nos bañamos los madrileños como en una onda eléctrica, excitante y mortificante.

Yo he admirado mil veces la pura limpidez de este cielo, corona y gloria de la meseta castellana. No es preciso subir los riscos de Peña Lara, sino dominar los altos del Hipódromo a la hora del crepúsculo vespertino—cuando se

contrasta mejor la finura y la riqueza de un paisaje—, para sentir infiltrada en el alma una sensación de aislamiento y de soledad. Las torrecillas circundantes pierden su forma. Pueden ser árboles, cipreses... La ciudad no tiene vida, ni expresión, y se sabe que está allí porque nosotros queremos recordarlo, pero no porque su presencia se nos imponga por sí misma. No hay más que el cielo y el horizonte lejano, y las montañas y una certidumbre mortal de que la soledad nos cerca y de que será preciso ir muy lejos para encontrar una voz amiga.

Puede decirse que, sentados en un banco de piedra ante la catedral de Westminster ó en la borda de un vaporcito que remonte el Sena, y hasta en el mismo puente de Brooklyn, el alma

solitaria se sentirá sola, y que si se habla de esos fenómenos de levitación espiritual, casi física, no hace falta situarlos junto al canalillo; pero las colinas madrileñas son demasiado propicias a estas emociones de alejamiento y de abandono, tanto que me ha parecido ver en ellas el verdadero espíritu de la tierra, que desearía vivir en paz sin servir de cimiento a tantas casas y sin soportar la injuria de tantas huellas.

¿Debilidad? Sí. Quizá sea debilidad. Pero alguna vez cuando busco y no encuentro razones para que medio millón de hombres—y muy pronto un millón—, nazcan, vivan y mueran en paraje hostil, imagino que llegará un día en que la Sierra tomará venganza de esta invasión que, en el fondo, no ha consentido jamás; lanzará al combate el ejército innumerable de sus vientos, y caerá sobre Madrid una lluvia de hielo; se envolverán todas las cumbres hermanas en la misma bruma; vendrán rodando de lo más abrupto del Guadarrama esas nubes negras que se engendran en la Maliciosa, y la vida por muchos meses, por los largos meses de invierno, será imposible.

Entonces Madrid ya no será corte. De invierno a invierno, sin los bellos otoños que conservan hoy la más alta poesía del paisaje madrileño, caerá implacable sobre estas calles y estos techos el otro enemigo: el sol de la estepa manchega. Lo que no se haya helado, se calcinará. Y cuando vuelva Diciembre, la ciudad en ruinas, coronada de nieve, solitaria, tendrá su más verdadero, su más aristocrático espíritu, sobre todo cuando al caer la noche, rasgue la pureza, la quietud del aire cristalino y frío, los primeros aullidos de los lobos.

LUIS BELLO

EL MADRIGAL DE LOS AGUDOS
CAPRICHIO

Pueden más que el encanto de tu rostro monjil
y la cándida albura de tu tez virginal,
de tus ojos traidores la mirada febril
y el vaivén de tu talle cadencioso y sensual.

Le ha robado tu frente su blancura al marfil,
le han robado tus labios su carmín al coral,
y tu aliento, el aroma a las rosas de Abril,
y el sonido a un arroyo, tu reír de cristal.

En tu rostro moreno, de color español,
donde estalla la boca, como un doble clavel,
ha pintado la tarde su rosado arrebol,

y es tu risa el milagro de un perlado jozél,
y en tus ojos profundos hay la lumbre del sol,
y en tus labios ardientes el dulzor de la miel.

FELIPE SASSONE

CUENTO DE ACTUALIDAD • LÁZARO PONOS

PUES señor... En un lugar de no importa qué mundo sideral de los habitados estaba una guerra formidable porque los de abajo pedían solamente la cabeza de Ruiblo II, jefe ó cosa así de aquellos Estados.

Ruiblo, que en la guerra había conquistado su puesto, llamó personalmente á sus más encendidos enemigos, y así les dijo:

—¿Queréis mi cabeza? ¡En buena hora si me demostráis que, desprendiéndola del tronco, viviréis ajenos á cuidados y libres de trabas!

Los hambrientos — dos forjadores de bronce tan fornidos como las estatuas que fundían — miráronse asombrados, y, en una escena de gestos, se interrogaban mutuamente.

—¿No os resuelve mi cabeza?—preguntóles Ruiblo, imperturbable.

—No—contestaron á una.

—Pues idos, ya que «la cabeza de Ruiblo II» pedís á gritos, y, al ofrecérsela, no halláis para ella mejor empleo que el que tiene, ni es para vuestros males panacea ni alivio. A los descontentos, á los que pidan algo en mi reino, hacédles llegar á mí; y si empleo útil para los más, proporciona el sacrificio de los menos, serviré al demandante, aunque me pidan las entrañas de mi cuerpo.

Ya en audiencia pública recibió Ruiblo largo cortejo de peticiones desmedidas (que el sentido de la medida está negado á las multitudes), acordando las que de justicia creyó y negando las de deshilvanado discurso.

Unos estudiantes amotinados pedían, con gritos delirantes, no estudiar.

Una partida de pitilleras proclamaba la necesidad de adulterar el tabaco por cuenta propia.

La Compañía que gozaba el privilegio de explotar este vicio, se indignaba porque Ruiblo no extendía la concesión á la sal, la sangre y el aire.

Los intelectualistas querían ayuda para desacreditar todo lo existente, sin crear nada que lo substituyera.

Un grupo de comerciantes con influencia reclamaba que los cambios subieran para fabricar al abrigo de la importación, mientras otro, más numeroso, amenazaba con huelgas y motines, censurando la política de Ruiblo, que sostenía un alza tan bochornosa.

En aquel país, cuando se hablaba de una inversión de fondos, todos creíanse autorizados á distribuir el Erario como debiera distribuirse, á no ser Ruiblo tan malandrín y poca cosa.

Los profesionales maldecían de su profesión, fuera cual fuere.

Ni uno solo se consideraba al nivel correspondiente á sus méritos y prosapia.

Por todo esto, el barrendero barría mal y desdenosamente, porque merecía ser capataz, y el catedrático llegaba tarde ó se dormía en clase, porque merecía ser rector.

El curandero, de director de Sanidad, creíase en su puesto, y el último



curial esperaba, para hacer las cosas con primor, á que una gran revolución pusiera á cada cual en su sitio, lo que equivalía á nombrarle á él presidente del Tribunal Supremo de Justicia.

Fué Ruiblo echando á la calle á los grupos pretendientes, y á la puerta de su palacio aglomeráronse á proclamar enfáticamente la necesidad de otra atmósfera, otras orientaciones, nuevos moldes y no sé qué otros tópicos más...

Porque en el delicioso país del cuento á que me refiero, era representativa la frase de aquel lego que decía, orondo:

—Pues á mí me fastidia el prior, sea quien fuere.

Y así, no aceptando nadie la superioridad de nadie, todos andaban descontentos y remisos para cumplir sus obligaciones, y nadie tenía el «orgullo de su oficio», salvador de hombres y de pueblos.

Un grupo numerosísimo que había entrado á solicitar de Ruiblo aumento de jornal y disminución de trabajo, oía embaucado los discursos de aquellas entidades directoras, tan brillantes é ins- truidas.

El montón anónimo de blusas azules, blusas blancas y trajes de pana se con- movía con movimiento de avance y retroceso, como inmensa masa compacta y unida, dispuesta á obrar como un solo hombre cuando una voz la levantara de su letargo.

Nuevo Lázaro en forma de multitud esperaba sólo la voz redentora, el gesto imperioso señalando una ruta que seguir, una ruta recta y una voz consciente, un «levántate y anda».

Los descontentos seguían ¡razonando!, y la masa, la gran masa, impregnándose, impregnándose...

Hasta que Lázaro Ponos, con ademán resuelto, surgió de las razones de Ruiblo, y avanzando resuelto bajó de dos en dos los peldaños del palacio, con la síntesis del estado actual en la punta de un lanzón de afilado corte.

Llegó, dió un viva y mató, con la sencilla resolución de los héroes invencibles, á todos los que gritaban.

¡Jamás un sér aislado tuvo tanta fuerza! ¡Ningún otro sér rindió tanto pueblo, abrió tanto pecho, logró tanto en unas lanzadas!

ooo

Y como allí, luego de realizado un hecho, se estudiaban las causas inducentes, llegaron, por medio de una radiografía ideal, al convencimiento consolador de que aquellos hombres tan heroicos, tan fuertes para el atropello y el absurdo, aquel montón de seres que, en fuerza de sentirse compadecidos, se hicieron rencorosos y holgazanes, y tremolaban, cosida con un punto á un estandarte

rojo, la necia frase: «¡Por la huelga y el terror!», *ab imo pectore*, en lo íntimo del corazón, prodigiosamente engarzada en vigorosas arterias bien dispuestas, llevaban esculpida, en letras de oro, esta otra: «*Labor improbus omnia vincit!*»

ALEJANDRO BHER

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

LA ESFERA

ARTE MODERNO



PUERTO DEL NORTE (ESPAÑA), cuadro de la pintora checa Milada Sindlerova



Los malditos dineros

Cuando doña Carmen se acomodó en aquella casuca de la sierra, respiró llena de esperanza y de delicia. Los aires llegaban cargados de la fragancia resinosa del pinar; estaba el cielo maravillosamente azul, y en todos los seres y las cosas—en los hombres y en los árboles, en las bestias y en los prados, en las rocas y en los manantiales—parecía desbordarse la salud, la fuerza y la alegría. ¿Cómo Carmencita, su hija única—en cuyo solo amor habíase refugiado llena de espanto y de lágrimas su dramática y temprana viudez—, no había de recobrar la salud en aquella fuerte y luminosa sierra tan amada del agua, de los pinos y del sol?

Poco tiempo atrás abandonaron Madrid, y ya parecía como si quisieran colorearse las mejillas marfileñas de Carmencita. Y aunque en sus hermosos ojos seguía destellando el insomnio y la fiebre, y sus manos continuaban frías y afiladas, impregnadas de un sudorcillo que trascendía á cera de iglesia y á tierra de camposanto, la linda y dulce doliente experimentaba como una nueva alegría en el alma, y en la sangre y en los nervios algo como un milagroso renacimiento. Era en la carne un anhelar glorioso, y un florecer de afanes en el corazón...

Del brazo de su madre, amorosamente prendida, daba un brevísimo paseo en los amaneceres. Apenas si se alejaban de la casuca más allá del prado vecino, todo él cubierto de hierba blanda y jugosa, que ostentaba en el centro un árbol viejo, corpulento y copudo, y unos arbolitos en una rinconada, como crías de aquel otro solemne y patriarcal, que hubieran alejado y guarecido en el rincón en un juego de chicos. Luego tornaban pasito á paso, y la enferma gustaba de detenerse en el diminuto jardín, oloroso á rosas y á claveles, y en el rústico corral, oloroso á ganado y á leña... En seguida encaminábanse á su vivienda, que abriase á la entrada tal que en una especie de zaguanajo, y allí, á la sombra fragante y amable, ocupaba Carmencita

su amplio sillón de mimbres, lleno de cintas y de almohadones. Doña Carmen solía entonces llamar repetidamente á la Rufa, para que acompañase á la enferma, y ella ibase á la vieja iglesia del lugar, que alzábase renegrida y grietosa no muy lejos de allí, mezclados en su fábrica el gótico y el románico, para pedir á la Santísima Virgen por la salud de aquella hija, de su hija única, de su solo amparo y refugio, á la que quería más que á la sangre de sus venas y más que á la lumbre de sus ojos...

Rufa era hija de la tía Vicenta, la dueña de la casa. Vivían pared medianera, y Carmencita regalábase charlando con aquella mocetona recia y erguida, no muy bella, en verdad, pero encarnada y apetecible y fresca como un fruto montañés.

La liberalidad de doña Carmen, llevada de su maternal ternura, había hecho su esclava de la tía Vicenta. Su insaciable codicia lugareña estaba propicia siempre á servir los deseos de aquella señora que dábala propinas y más propinas, amén de dulces exquisitos y ricos lienzo, y amén de aquellos buenos mil seiscientos reales que en buenos billetes de Banco tenía la tía Vicenta en el fondo de su cofre bermejo y peludo, atados en el nudo de un pañuelo, como precio adelantado del alquiler de la casa.

Y ¿qué era lo que pedía doña Carmen en pago de tanta generosidad? Nada, apenas. Que la moza acompañara á la señorita en la soledad de sus horas tristes. Obra de cristianos, ni más ni menos, que había de premiar Dios en la otra vida sobre premiarla en ésta doña Carmen. Y, quién sabe, quién sabe, andando los tiempos, si aquello había de ser la suerte de la Rufa, porque la señorita había ya hablado de llevarla consigo á Madrid, á la corte de España, y parecían gente de influencias, rica y dadivosa. Y, bueno estaba lo bueno, y la suerte de la Rufa era lo principal, que si doña Carmen cegaba por el amor de su hija, también ella, la tía Vicenta, hu-

biera dado cuanto se puede dar en el mundo por el amor y el amparo de la Rufa...

¡Aquello sí que era grande, inesperado y horrible! ¡Quién iba á pensarlo de la Rufa, tan membruda y tan sana, que era fuerte como un pino y alegre como una bendición de Dios!... Ya andaba desgana y triste y encorvada y mirando para la tierra, cuando tardes atrás, volviendo del río, dejó caer el cesto de la ropa recién lavada, y principió á toser con una tos ronca y seca, y á echar sangre por aquella boca que parecía talmente como si la hubiesen degollado. Casi á rastras llegó á su casa, y allí, en los brazos convulsos de la tía Vicenta y ante sus propios ojos espantados, volvió más doloroso aún el encorvamiento y más abundante la sangre y más ronca y más violenta la tos...

Doña Carmen mandó su médico á casa de la Rufa, y fué ella misma en persona, y besó la frente de la moza, y dijo que todo corría por su cuenta, sin escatimar gasto grande ni chico. Carmencita no quiso ver á la Rufa, ni la Rufa quiso ver á Carmencita. La tía Vicenta creyó al principio, animada por el médico, que la fortaleza de su hija podría con el mal y que en pocos días la volverían la salud y los colores. Pero el mal, como un perro rabioso, seguía mordiendo el pecho de la moza y la acababa, la acababa...

¡Aquella señorita tísica había pegado la enfermedad á la Rufa! ¡Y ella, la tía Vicenta, su misma madre, se tenía la culpa, por la codicia de aquellos mil seiscientos reales en arriendo de la casa, por haber admitido en ella á una enferma de peste y de podredumbre, por haber dejado á su hija, que era una flor, horas y horas en compañía de aquella señorita traspasada y envenenada de aquel mal contagioso! ¡Y todo por coger hoy una moneda y otra moneda á los pocos días! ¡Todo por los dineros «condenaos», por los malditos dineros!...

Y la tía Vicenta, tras echar una mirada encendida en odio y en rencor al cofre peludo y bermejo, alzaba su cubierta, sacaba el pañuelo que escondía los anudados billetes, y los contemplaba con ira y con espanto. ¡La codicia! ¡La codicia, que era una loba!... ¿Y había de permitir Dios tamaña desgracia? ¿No había de sanar la Rufa, que era recia como un pino, hallándose en toda la fortaleza de la juventud?... Bien que muriese la señorita aquella, y los diablos se la llevasen, que no tenía alientos «pa ná», y así lo reconocía el médico... ¿Pero su Rufa?... ¿Su Rufa?... No... La Virgen no podía permitirlo y no lo permitiría...

Y la tía Vicenta, un poco más esperanzada, guardaba sus billetes con todo cuidado y volvía hacia el camastro de la Rufa, que se consumía de fiebre y se abrasaba de sed...

ooo

Aquella mañana la enterraron. Bajo la cegadora lujuria de un mes de Agosto, lleno el cielo de azul y la tierra de gérmenes, en andas y entre cuatro mozos llevaron a la Rufa muerta, cara al cielo y amortajada con sus mejores manteos, por los senderos fragantes y floridos, entre aquella armonía de vida campesina y pujante, como si la llevaran a una fiesta nupcial de juventud...

La tía Vicenta parecía enloquecida de terror y de dolor. Sus ojos, llenos de una fijeza horrible, se clavaban en el zaguán de doña Carmen, y luego, al entrar de nuevo en su casa, clavábanse en el cofre bermejo y peludo... Durante todo el día apenas despegó los labios... Buscaba por los rincones de su casa, como si buscara a la Rufa, tal que un perro que ha perdido a su dueño, y otras veces se abrazaba desesperadamente al camastro de su hija, tibio aún de fiebre y de sudor...

Así llegó la noche, que era negra y sin luna, y a eso del filo de las doce—la hora trágica de las brujas, de las agonías y de los asesinatos—, la tía Vicenta abandonó sigilosamente su casa y se acercó a la en que vivía doña Carmen. Siniestra y ceñuda, con elasticidad insospechable y felina, apoyándose en los salientes de las piedras, trepó hasta el pajar y desapareció por la angostura de su ventana, sin levantar un ruido...

Descendió a poco; palpó los refajos y, tras un gesto violento de contrariedad, sacó un pañuelo del bolso... Ya se le había olvidado lo principal... Empinándose lanzó el pañuelo al pajar. En una de sus puntas iban aquellos dineros del arriendo...

La tía Vicenta brincó a la tapia del prado frontero, sentóse con una calma terrible, sonrió espantosamente al adivinar tras la iluminada vidriera a Carmencita agonizante y a doña Carmen en vela, y esperó...

La noche era impenetrable y profunda. Las estrellas hacían guiños alucinantes en el cielo negro, y las gargantas de los montes, los barrancos medrosos y las montañas coronadas de rocas y de pinos, se acusaban en la gran sombra flotante como otras sombras más espesas...

Ladraban los perros por las quebradas, y alguna carreta chirriaba por los caminos... Aquí y allá, muy distantes, destacábase el rojizo resplandor de los farolillos en las faldas de los montes y en la hondura de los valles... Del alto del campanario llegaba medrosamente el caraquear de los picos de las cigüeñas... La inmensidad parecía embrujada...

La tía Vicenta volvió con desesperación los ojos hacia el camino del cementerio, hacia donde Rufa dormía bajo la tierra recién removida, ya enterrada para siempre...

Y esperó aún, con un ansia infernal, fija su mirada otra vez en aquella iluminada vidriera...

De súbito, desprendióse una espesa columna de humo por la ventana del pajar y apareció,

rasgando de fuego la negrura, una llama grande y devoradora que principió a morder rabiosamente las tejas... Luego otra llama, y otra, y otra... Doña Carmen dió un grito espantoso, taladrante y agudo, de tragedia y de agonía, y apareció abrazada a Carmencita envuelta en las sábanas, tratando de arrojar por el balcón con ella... A poco derrumbóse la techumbre con estrépito, entre un infierno de humaredas y llamaradas, y las dos mujeres se precipitaron bajo los escombros...

La tía Vicenta, con los ojos espantosamente abiertos y una cruel y violenta contracción en la boca, gozábale en el derrumbamiento de la casuca y en el dolor supremo de aquellas dos mujeres a quienes oía gritar horriblemente y a quienes adivinaba retorciéndose en la hoguera...

Cuando llegaron los más próximos vecinos, corriendo a través de la noche y guiados por el incendio, nada pudieron hacer ya. Las llamas habían prendido en las ropas de Carmencita y de doña Carmen que se abrasaban entre alaridos escalofriantes y contorsiones inverosímiles...

Todo esfuerzo fué inútil. A poco las dos mujeres no eran ya sino dos cadáveres retorcidos y negruzcos, violentamente abrazados como en una rabiosa lucha...

Las llamas seguían devorándolo todo, y a su espantoso resplandor pudieron los aterrados vecinos ver a la tía Vicenta, casi entre las llamas y envuelta en el humo negro, dar saltos de cabra en derredor de los escombros, como una bruja atormentada, y oír, fuera para siempre de sí, gritar con una voz espeluznante:

—¡Rufa!... ¡La mi Rufa!... ¡Ya no precisas de ná!... ¡De ná!... ¡Ya no precisas los condenaos, los malditos dineros!...

ALBERTO VALERO MARTÍN

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



DE LA IMPERIAL CIUDAD



TOLEDO.—PUERTA DEL CAMBRÓN

FOT. GOVANTES

La famosa puerta del Cambrón se alza sobre un repecho, ocultando sus dinteles entre las cuatro rojas torrecillas con que la vistió en 1576 el corregidor D. Juan Gutiérrez Tello, al estilo de su época, colocando en la parte exterior las armas reales y en el interior una imagen de Santa Leocadia. Desde la puerta se domina la ancha vega toledana, donde canta el Tajo y donde la tradición conserva el Cristo ante cuyos pies fué perjuro el capitán Pedro Martínez, de la leyenda zorrillesca.

VIAJANDO POR ITALIA • VENECIA



A LO LARGO DEL CANAL GRANDE

DELANTE del Molo, desde su gradería circular con sus últimos escalones mojados por el agua, hasta la vía de Schiavoni, halláanse estacionadas las góndolas del servicio público, en negras filas que separan, para indicar los distintos propietarios, altos mástiles, á la punta de los cuales parpadea por la noche un farolillo. Por las losas paséanse los patrones al atisbo de los británicos monóculos. Hago una seña á cualquier botero: no me habían adivinado. Revuelo de sorpresa, veinte que acuden, peligro inminente de que me desnuden y al cabo en la góndola punto menos que á empujones. *Fino la stazione della ferrovia! Va bene, signore!*

Todo el canal grande, desde la Piazzeta á la estación del ferrocarril, es un puro deslumbramiento, un continuo bruído de palacios que se suceden unos á otros sosteniendo la misma y única nota, nota de suntuosidad y riqueza: el mármol. Ofrezcáse con mil matices diversos, esculpido en mil formas distintas, trabajado de diversas maneras: en ojivas gráciles, en blondas flameantes, en recamados renacientes, en confusiones barrocas, sea cualquiera su estilo, siempre es el mármol, el noble y hermoso mármol blanco, el gracioso y suave mármol rosa, el mármol rojizo, el mármol pálido, el mármol que es á la fachada de los edificios lo que el terciopelo al tocado de la mujer.

Pero aún poseen otro encanto todos esos palacios: la blandura que les presta el agua sobre la que se destacan, como los muebles de un salón realzados por lo tupido de una alfombra. El agua tiembla, ondula y las fachadas parecen también ondular y temblar, resultando así con una ligereza suprema, con algo de aéreo y vaporoso que agudiza y afina toda su decoración espléndida.

El majestuoso y monumental desfile no pierde un momento su interés, y el entusiasmo que despierta crece con cada fachada que se descubre. Las primeras que veo me arrancan una exclamación de asombro; después surgen otras para las que ya no encuentro palabras; al cabo las sucesivas apariciones me atan la lengua, me hacen enmudecer, y me concreto á mirar abrumado de admiración. Y van pasando por ambas bandas del amplio canal las columnas blancas de la Dogana, entrando como una proa en la aguna, y los severos balaustres de la Zecca y la enorme cúpula de Santa María della Salute y la verja y las frondas del Giardino Reale y las agudas arquerías del palacio dei Cavalli y los mosaicos del de Barbarigo y las filigranas de los balcones del de Contarini Fasan y las galerías y aleros de blonda de la Cá d' Oro y los áticos renacientes de la señorial morada de Rezzonico... Es imposible citarlos todos y enumerar sus bellezas... Empiezo á señalarlos con una cruz al borde de la guía, y la margen acaba por resultar un cementerio. Es un saltar de épocas, de estilos, de gustos de detalles; en el que retrocedo y avanzo y vuelvo á retroceder mil veces. Galerías de las que los italianos llaman archiacutas, frentes lombardos, ventanas del siglo xv, frisos del xvi, pináculos del xvii, floraciones del xviii... La múltiple ornamentación no tiene fin. Y al encanto de los ojos se une el de los recuerdos. Tras muchos de esos muros se albergaron vidas ilustres, poetas, músicos, literatos, guerreros, pensadores... En el palacio Giustiniano habitaron Châteaubriand, Elliot y Wagner; en el de Mocenigo, Emmanuele Filiberto, duque de Saboya, y Giordano Bruno; en el de Cornell Spianello la bailarina Taglioni; en el de Vendramin murió Wagner... Esa casa rojiza de dos pisos con ajimeces de caladas barandas es un poema eterno que aún sigue haciendo vibrar de emoción á las generaciones: es la de Desdém-

na... A la mitad del camino el originalísimo puente de Rialto... Y más ojivas y más columnas renacientes y más cimbras delicadas—que el sol dora y que el agua ablanda—. Cuando desembarco en la estación y despido la góndola, los ojos me dan vueltas y el corazón me golpea... Y bajo la impresión de la jornada siento en la vista y en el espíritu el peso de la exuberancia.

La rica sarta de palacios está pidiendo los mantos rojos de los senadores venecianos, las capas patricias de terciopelo... Ya no existen... A lo más cruza el gran canal alguna góndola aristocrática con sus marineros vestidos de blanco con faja de largos flecos; pero la mayoría conduce prosaicos turistas, Bædeker en mano... Y hasta algunos de los señoriales edificios muestránme al pasar, por sus abiertos balcones, camareros de frac sirviendo el almuerzo... Los salones policromos de los conquistadores de Constantinopla ó de los vencedores de Pisa sirven hoy de escena á los purés de cangrejos de los hoteles de viajeros. Todo acabó; murió la poesía del ayer. Sólo quedan esos muros que la cobijaron, tristes á pesar del centelleo de su mármol y de su oro.

POR LOS CANALES SOLITARIOS

Una de las mayores delicias de las ciudades históricas es la de escudriñar sus rincones de silencio, de soledad, de sombra. Nadie sino el que gusta de tales escarceos, sabe el valor que tiene un muro cuadrado con un blasón barroco, un torreón que corona una casa solariega, una tapia de convento que deja asomar las puntas de unos cipreses y unos frutales, una línea de almenas, un portón con anchos clavos, y todo ello perdido en un dédalo de callejas, sin perspectivas, surgiendo cuando menos se espera, al doblar un recodo, y surgiendo parcialmente para

mayor encanto, para que no falte el placer de adivinar un conjunto por un detalle... Ya es una Virgen en el nicho de una esquina, ya es una agudísima torre, ya es un balcón de fina y saliente barandilla...

De este sibaritismo romántico y artístico gozado en Toledo, en Granada, en Sevilla, en Brujas, en Praga, en Venecia, ¡qué se yo dónde más!, he disfrutado también en Venecia recorriendo en góndola los ríos, las innumerables y mudas callecitas de agua esparcidas por toda la población, y de las que libé el misterioso preludio en mi jornada de ensueño de la noche de llegada. Para realizar la excursión no hay más procedimiento, el único, en este laberinto de canales de Venecia, que indicarle el propósito al gondolero y dejarse conducir por él.

De tal guisa he realizado yo innumerables excursiones, sin saber por dónde las empezaba ni por dónde las concluía, sin saber nunca por dónde iba hasta encontrar de pronto una torre amiga o una ventana conocida, al suave fulgor del alba, en el véspero melancólico, á la luz de la luna, «deletreando» los lugares, preguntándole á los farolillos de las Virgenes, á los voladizos de los balcones, á los alféizares de los ajimeces por los secretos, por las aventuras, por los amores de otros tiempos, soñando, siempre soñando, sin arrancarme de mi sueño ni aun el grito gutural de los gondoleros avisando su paso. Y así pasan los encantos recónditos. Y ya es el río Paradiso con su puente que desemboca por una callecita que parece un portal y que corona entre dos casas una Virgen en un nicho ojivo y agudísimo, ya el río Van Axel con su palacio gótico con balconada de columnata, su ingreso lateral y sus grandes rejas caladas, ya el río Albrini con todo un bosque asomándose sobre un bardal de un alto muro, ya el río del Oro con una línea de «ojos de buey» á pocos metros del agua con una fachada señorial del Renacimiento, ya el río Trovaso con un torreón que se asoma por encima de unas casitas bajas, ya el río de Carmini con unas casuchas musgosas y unos arbolillos solitarios, ya el río de Mendicanti erizado de balcones salientes, y de arquerías aisladas, y de tiestos de geranios y rosas... Y todos escondidos, desiertos, silenciosos, soñadores, cuajados de detalles rebosantes de poesía, con su interés claustral, con su agua muerta, con su apartamiento melancólico, con su vida de anacoreta que busca la dicha en la quietud.

Digno epílogo de estos escauceos románticos es la última visita á la plaza de San Marcos antes de retirarme al hotel, rayando la media noche. A esas horas, muy vencido el otoño, el lugar se encuentra desierto ó poco menos. Cerradas las tiendas no ofuscan, como al oscurecer, bajo la cuádruple hilera de soportales de la Procuratie, las brasas de los cristales de Murano centelleando en los escaparates, ni las orfebrerías del mismo Venecia. La estación no consiente ya los veladores al aire libre de los cafés de Savona, de Quadri, de Florian. Los transeúntes escasean: algún extranjero observador. Es un goce nuevo, entonces, más sutil, más íntimo, más hondo, contemplar, adivinar casi, en la dulce penumbra, á la luz del gas, las figuras y el cuadrante de la torre del Orologio, y los arcos y las torrecillas de la oriental basilica y el principio de la oleada de ojivas del palacio Ducale, y el alto y gallardo Campanile. Y, de pronto, el detalle, el recodo, el recodo siempre, al traspasar el templo, cuando se avista el muelle entre las dos simbólicas columnas de la Piazzeta, cuando se recibe en el rostro la brisa de la laguna; arriba, en la fachada lateral de la iglesia, un fulgor parpadeante: ¡el farolillo de la Santa Madonna!...

Rezo una salve á fuer de cristiano y á fuer de español y contemplo embelesado, absorto, el farolillo humilde que allá en lo alto, acompañando á la Virgen en su soledad, de cuando en cuando se guiña como un párpado cansado al sacudir el sueño. Es amarillento, es una luz vulgar y corriente. Amarillento es hoy y amarillento viene siendo hace siglos. Pero allá en los florecientes días de la república, en ciertas noches fatídicas, delante de esa Madonna bizantina, delgada y suave, obscureciéndola, bañándola de un fulgor sombrío y triste, colgaban dos farolitos negros que la cofradía de la Muerte izaba, en señal de piadoso luto, por un alma pecadora, de las más pecadoras, en superlativo y terrible grado. Ejecutábase entonces á los reos en la Piazzeta, entre las dos recias columnas que se yerguen fronteras al muelle; allí, frente á la laguna hermosa que contemplaba por última vez el reo al arrodillarse ante el tajo del suplicio, caía de

un golpe la cabeza sentenciada. La justicia humana estaba cumplida, la pública vindicta satisfecha, expiado el crimen; mas en el fondo, en lo alto de una fachada de encaje, desde sus arcos de San Marcos, alguien, símbolo del supremo amor, había visto rodar el sangriento despojo: esa Virgen de puras líneas y de puro rostro. Y luego que las tinieblas nocturnas invadían el paraje envolviéndolo con sus sombras espesas, los caritativos hermanos de la cofradía encendían los dos farolitos negros, como en desagravio de la

tragedia de que acababa de ser forzoso testigo la imagen y para pedirle su intercesión en pro del perdón del delincuente.

No sé si hoy se encienden los faroles negros; pero si no se encienden arde, por lo menos, la luz amarilla, que muchas noches me ha hecho sentir y rezar, en una soledad digna de una plaza de Toledo y de una estrofa de Zorrilla.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

DIBUJOS DE PEDRERO



DESDE PARÍS

EL MIGUEL ANGEL CONTEMPORÁNEO



"El maestro Rodin en su estudio", cuadro de René Avigdor

SILVIO Lago ha señalado en las páginas de LA ESFERA la muerte de Rodin, rindiendo al genio desaparecido un póstumo homenaje. No importa. Yo también quiero dedicar a su gloria la flor de un recuerdo, porque es deber de todos los devotos del Arte llevar el lirismo de nuestras lágrimas a la tierra que cubre las cenizas de los hombres-águilas. Y águila del pensamiento y de la emoción fué Rodin, el Miguel Ángel contemporáneo; el grande y casi el único maestro de la forma, en estos tiempos en que tantos hombres se titulan artistas sin serlo. Rodin duerme ya el sueño del misterio...

Rodin era muy viejo. Había nacido en 1840, y hacía largos meses que, sobreviviéndose, no existía ya.

Era un cuerpo miserable dentro del cual, de la extinguida llama del espíritu, no quedaba ni un solo reflejo... La muerte, piadosa, quebró la dura cadena que el anciano arrastraba, y libre de ella, Rodin ha vuelto a la eterna juventud de su obra, que siendo toda de amor y de dolor es cifra y suma de la vida...

ooo

Hijo de París, é hijo del pueblo, Rodin nació y medró entre la rue de l'Arbalète y el Val-de-Grâce, en pleno Quartier Mouffetard.

Al salir de la escuela comunal, el niño que había de ser coloso, dió comienzo a su carrera artística trabajando como aprendiz, a las órdenes de un escultor empleado por Viollet le Duc en las obras de restauración que entonces se llevaban a cabo en la basílica de Nuestra Señora.

De esa diaria comunión con la mística y visionaria severidad del arte gótico, le quedó a Rodin

la orientación de su futura labor: de esa labor que, así, pudo emanciparse, desde un principio, de los convencionalismos y de las aberraciones que son norma de enseñanza en toda escuela de Bellas Artes.

Del taller de Barye, Rodin pasó al de Carrier-

Belleuse, y más tarde al del escultor belga Van Rasbourg. Y en 1864 mostró con rasgo definitivo su personalidad en una obra fuerte y extraña: *El hombre de la nariz rota*.

Luego, en 1877, presentó la *Edad de bronce*, obra que suscitó las más apasionadas discusiones, por acusar algunos a Rodin de haber vaciado su estatua en un molde del natural. Sin gran trabajo pudo el artista justificarse y demostrar la falsedad de semejante acusación. Pero en tanto, se habló mucho de la *Edad de bronce*, y gracias a ello se apreció en todo su valor el genio del hombre capaz de tan bellos comienzos. El Estado francés adquirió la *Edad de bronce* para el Museo del Luxemburgo, y así comenzaron la gloria y la fortuna de Rodin.

ooo

Aparecieron después, en la serie de obras inmortales, el *San Juan Bautista*; los bustos de Victor Hugo, de Rochefort, de Becque y de Dailou; los *Bourgeois de Calais*; los monumentos de Bastien-Lepage y de Claude Gellée... Y en este punto dió Rodin principio a su obra magna, obra que el maestro tituló *La puerta del infierno*, y de la cual son tan sólo fragmentos esas maravillas que se llaman *El pensador*, *El beso*, *Ugolino* y *Francesca y Paolo de Rimini*.

Rodin ha muerto sin dar término a su formidable ciclo de *La puerta del infierno*... Puerta de amor y de dolor que de par en par se abrió ante el mago de la forma, y que no se ha cerrado tras de él, para así devolvernos su alma, toda luz: para devolvernos su alma de visionario, que ardió con todas las divinas llamas de la pasión...



"Pensamiento", de Rodin



"San Juan en el desierto", obra expuesta por Rodin en su primera época, luego del triunfo de "La edad de bronce".—(Museo del Luxemburgo)



"La edad de bronce", estatua que Rodin terminó en 1877, y que fué adquirida por el Estado francés para el Museo del Luxemburgo

Aún están en el recuerdo de todos las no lejanas polémicas á que dieron lugar dos obras de Rodin: el *Balzac* y el monumento á Víctor Hugo...

El *Balzac*, que fué encargado al maestro por la Société des Gens de Lettres, fué devuelto á su autor como *cosa inacceptable*...

¡Verdad es que Rodin ha muerto sin haber pertenecido á la Academia de Bellas Artes!...

La víspera del día en que comenzó la agonía de Rodin, se publicó en la Prensa de París esta noticia breve pero elocuente:

«Para ocupar el sillón que en la Academia de Bellas Artes dejó vacante la muerte de Saint-Marceaux, han presentado su candidatura tres escultores: Monsieur X, Monsieur Z y Augusto Rodin.»

He escrito Monsieur X y Monsieur Z en los lugares en que aparecían, con todas las letras, y antepuestos al nombre de Rodin, los nombres de dos nulidades.

Pudieron los señores de la Academia poner tardío remedio á su necedad, reuniéndose en sesión extraordinaria para votar, con urgencia, la admisión de Rodin moribundo. No lo hicieron. Con ello, nada perdió la inmarcesible gloria del escultor. Y, en cambio, lo perdió todo la gloria de oropel de los académicos. La Academia es la misma en París, y en Madrid, y en cualquier parte donde, por desdicha, existe... ¿No son acaso académicos de la Española unos señores—otros X ó Z—, que no tienen ni historia ni labor literaria? Y, en cambio, ¿no es seguro que, como Rodin, pasará á

la eternidad sin cruzar los dinteles de la Academia nuestro prodigioso poeta de *El caballero de la muerte*?...

ooo

La primera vez que visité á Rodin fué en un día del año 1912. Acababa el maestro de instalarse en el palacio Biron, que le había sido cedido por el Estado.

Al través de las salas y de las galerías, Rodin me condujo, mostrándome sus mármoles, sus bocetos, sus tesoros de Arte... Llegamos al estudio... En él aguardaba una Comisión de escultores mejicanos venidos para ofrecer al maestro unas lápidas incásicas... Rodin aceptó y agradeció, con palabra corta y amplio gesto de pa-

triarca... Uno de los mejicanos comenzó un discurso... Impaciente, Rodin no escuchaba...

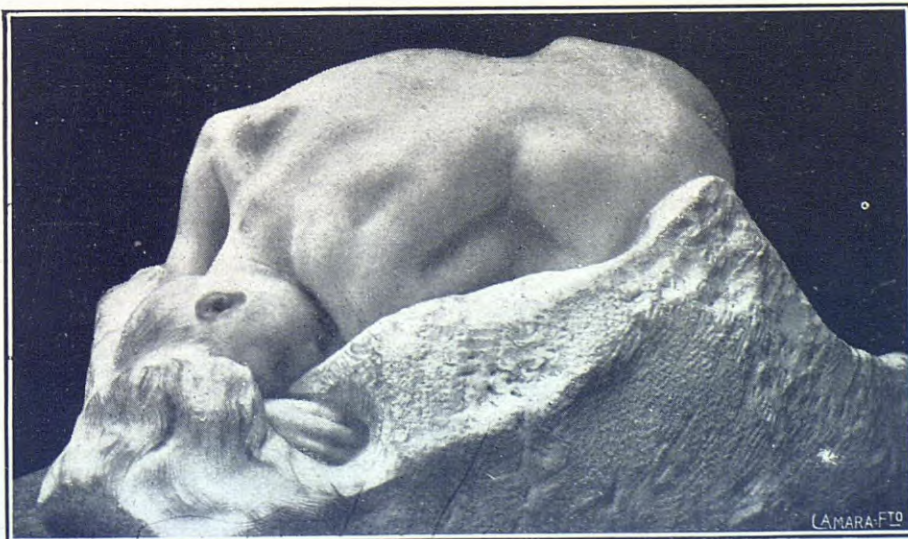
De pronto, se apartó una cortina, y apareció la modelo del maestro: una muchacha rubia, esbelta y recia, digna hija de las Galias... El mejicano, imposible, prosiguió su discurso... Rodin hizo un gesto. La modelo dejó caer el armiño que la envolvía, y apareció hierática y desnuda... El maestro fué entonces hacia el caballete sobre el cual la arcilla comenzaba á palpar y á trocarse en carne, bajo sus dedos brujos... Al fin, el mejicano calló...

Y Rodin, bajando, dijo, acerca de la belleza femenina, tan bellas cosas, que, para escucharlas mejor, mis ojos se arrancaron á la admiración de la mujer que, sin embargo, era en aquel momento imagen y cifra de toda la Belleza...

Podéis leerlas, esas admirables cosas, en el libro que Rodin escribió y dibujó, en homenaje á la Mujer... ¡No hay poema que le iguale!...

ooo

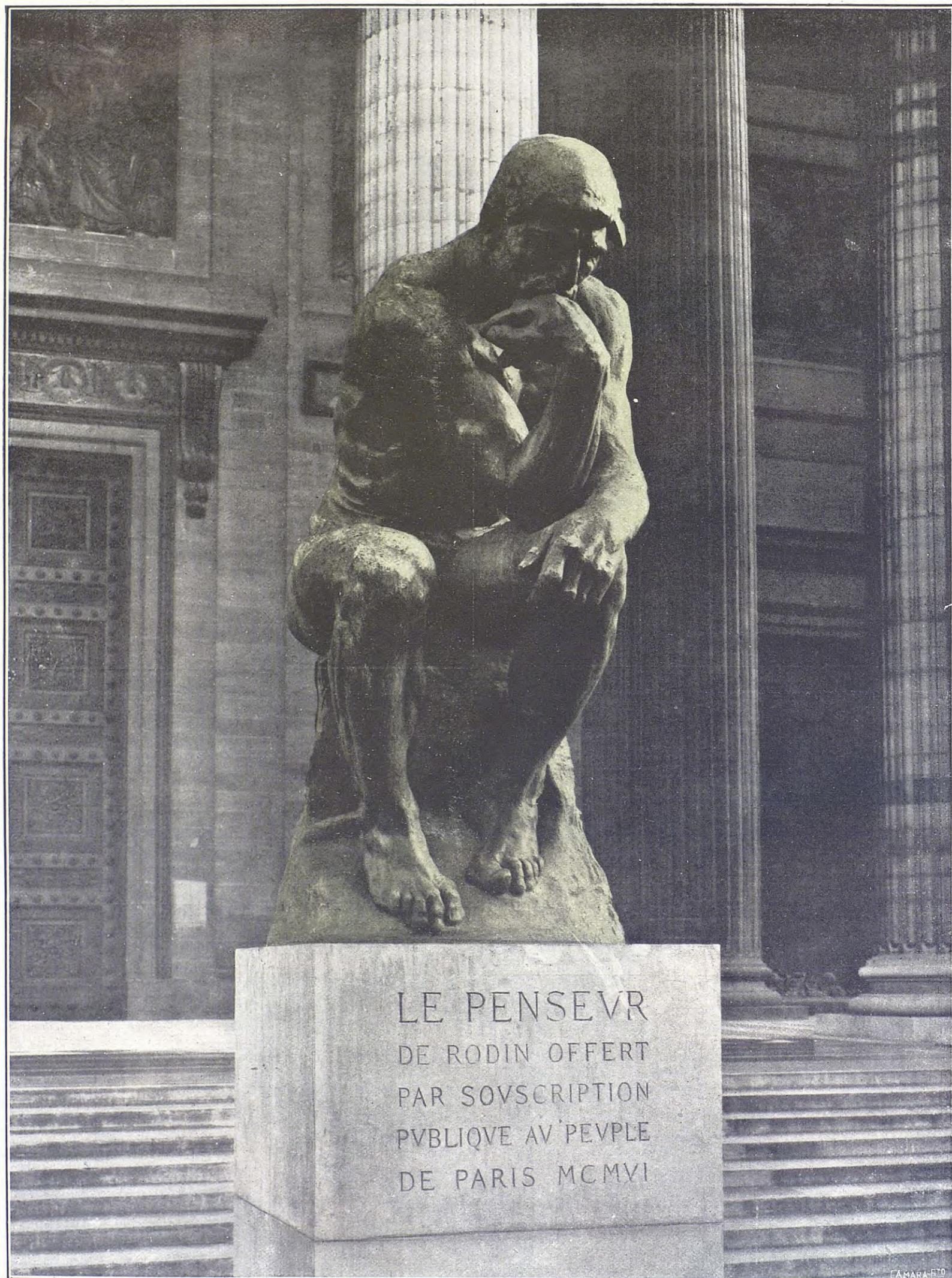
En las obras de Rodin la imaginación excede á la verdad, á veces, y á veces se reduce á sus límites. Y hay tal impulso de nobleza en esas obras, hay tanto y tan puro naturalismo en todo su gigantesco esfuerzo hacia el ideal, que los cuerpos labrados por el inmenso artista parecen apoyar sus pies sobre la tierra y en lo profundo de ella, en tanto que las frentes se pierden allá en la altura enigmática del cielo...



"Danaides", por Rodin

ANTONIO G. DE LINARES

LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA



"El pensador", de Rodin, fragmento de la obra magna titulada "La puerta del infierno", obra que el maestro no ha podido terminar, y de la que forman parte, entre otras maravillas, "El beso", "Ugolino" y "Francesca y Paolo de Rimini"

GRACIAS MODERNAS

LA OTOÑAL

Vais por el parque deshojado. Aquel ambiente de silencio y renunciación os produce melancolía. Es la hora en que las aves se recogen y en que las avenidas tienen ruidos inquietantes.

Camináis lentamente, trémulos los sentidos y abierta el alma á todas las emociones. Allá, á lo lejos, la ciudad suena con un rumor de batalla. Son los carruajes, los tranvías, los automóviles, el vocear periódicos, «el mundanal ruido». Y el parque, silencioso, calla como un hombre que espía.

De repente, por una calle de árboles, veis avanzar la majestad de una mujer. ¿Quién es esta mujer? Va sola, digna, lenta. Tiene ese noble encanto de las gracias un poco mustias y ese porte, gentil y lánguido, de las bellezas destronadas. Es como si, de pronto, se abriese el Olimpo y Juno, grave y preocupada, vestida á la moda, y sujetando con sus guantes la esclavina de piel, descendiera á dar un paseo.

Recordáis los elegantísimos anacronismos de Pablo, el Veronés, vistiendo á Dido de duquesa del Renacimiento, ó las audacias metafóricas de Eça de Queiroz comparando á las hermosuras irlandesas con Ceres, enguantada y encorsetada. Y, entonces, observando á la dama, que no os ha visto y sigue abstraída su paseo, advertís que es una otoñal. ¡Una otoñal que viene al parque en pleno otoño! ¡Una otoñal que, como el parque, tuvo su primavera con nidos y cánticos! ¡Una otoñal que ahora, como el parque, siente la soledad del destronamiento, la dignidad de la fatiga!

Entonces, en voz baja, rezáis la ingenua letanía:

¡Oh, mujer, reina vencida
por los besos y las rosas!
¡Veterana encanecida
en las lides amorosas!
Tu crepúsculo postrero
cantaré como un creyente.
¡Yo seré tu pregonero,
sol poniente!

Rezaré la letanía
de tus cálidas quimeras
y el fulgor de la agonía
de tus ojos con ojeras...
Las vigiliat que te pasas
con las manos en la frente
y el incendio en que te abrasas
¡sol poniente!

Como el parque, descansa ella. Hay una muda alegoría entre sus brazos caídos y las lentas lluvias de hojas; entre la majestad azul de sus ojos y la azul majestad del cielo; entre la desnudez del parque y la desnudez de su corazón...

Advertís la hermandad bellísima del otoño campestre y del otoño humano, en que el parque no tiene aves ni ella ilusiones; en que ella se recoge á meditar y el parque se dispone á dormir; en que ni el parque ni ella están tristes, sino lánguidos, fatigados de las fatigas nobles...

ooo

¿Por qué no imaginarlo? Dafnis y Cloe, bajo Tíbulo, sienten la dulce magia del bosque; mientras la pastorcilla sueña, Dafnis se trueca en árbol para hacer el mito inmortal.

¿Por qué no hacer la glosa poética, frente á esta dama rubia, enguantada y frágil como una Cloe moderna y ya madura? La otoñal da una ardiente cita al otoño. Es la hora en que las aves se recogen y en que las avenidas tienen inquietantes rumores. Hay cerca un árbol varonil, de recio tronco y dos ramas abiertas, como dos brazos. La otoñal vuelve la cabeza, escudriña, sonríe. Es la última sonrisa, con la última perversidad...

¿Qué ha cantado? ¿Un pájaro? ¿Un beso?...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE ECHEA





UNA PIEZA DE ARTILLERÍA, ATASCADA EN EL LODO DE LOS PANTANOS FLAMENCOS, DURANTE UNO DE LOS ÚLTIMOS COMBATES

Dibujo de Matania

LA ESPERA

DESDE LA VENTANA...



La vi muchas veces
desde la ventana
de los alelles
y las rosas blancas.
La vi muchas veces,
cuando se acercaba
camino adelante
con la luz del alba,
entre haces de oro
y rayos de plata,
con su faldellina
toda rameada,
con sus ojos negros,
con su frente clara.
De lejos venía,
dejando á su espalda
los mansos arroyos
de trémulas aguas,
los tersos cristales
donde contemplaba
su talle de lirio,
la flor de su cara.
De lejos venía
con tibias fragancias
de rosas campestres
y hierbas serranas,
con su cantarico
de leche nevada,
erguido en la recia

cintura gallarda,
siempre sonriente
como una alborada,
con sus ojos negros
y su frente clara.
Una mañanita
pasó triste y pálida,
como si llorase,
como si penara.
La guerra en los campos
blandía su espada,
rugía en los aires,
los huertos talaba;
con soplos de muerte
marchitó las almas
donde el Amor puso
flores de esperanza...
La mocita, alegre
como una alborada,
llorando de pena
se encerró en su casa.
Ya no he vuelto á verla
desde la ventana
de los alelles
y las rosas blancas,
con sus ojos negros
y su frente clara.

José MONTERO
DIBUJO DE BRUGADA

EL PALACIO DUCAL DE GANDÍA

Dijo Bowles que «entre los parajes fértiles y deliciosos de España, ninguno se puede comparar á la huerta de Gandía, porque no hay elocuencia que baste á describir su amenidad, ni paraje alguno en Europa que ofrezca un espectáculo tan hermoso». Esta ponderación, en nuestra pluma, sería tildada de patrio desahogo. En boca de un extranjero es tan sólo una galantería. Pero el viajero que desciende en el tren por el angosto desfiladero de Valldigna, y bruscamente desemboca del macizo montañoso á la llanura imponderable de la famosísima huerta de Gandía, se emociona en la contemplación de la verde alfombra que, de la montaña al mar, sirve de rico lecho á veintinueve pueblos ribereños.

De esa inmensa riqueza del ducado gandiense, del vecino condado de Oliva, del marquesado de Llombay, de catorce baronías, de señoríos y títulos, eran dueños los Borjas, noble estirpe que ciñó las coronas de Santidad, de virreínatos y feudales; la tiara pontificia y el capelo cardenalicio; apellido borgiano que celebrizaron nobles, comandadores, sabios, doctores, religiosos, políticos, guerreros, embajadores, un cardenal, un papa y un santo.

Como testimonio mudo de aquella grandeza, queda un palacio junto al río Serpis, respirando —bajo un cielo azul— el hábito primaveral perfumado de azahar, á la vista del Monduber, muy cerca del mar latino. Ya no alberga á la nobilísima estirpe de los Borjas; ya no guardan sus cuadras los 40 caballos y su armería los 60 cañones y 600 arcabuces; ni atesora en sus salones los tesoros de Italia y de España, allí acumulados, porque la casa Osuna, heredera del título nobiliario, dismanteló esta señorial mansión de muebles, pinturas, etc., y dejó tan sólo lo que no pudo separar de sus viejos muros. Pero algo —bastante— podré aún contar á los lectores de LA ESFERA como resultado de mi reciente visita, y lo que no pueda describir mi pluma por la escasez de espacio, lo expresarán gráficamente mis pobres fotografías.

El histórico inmueble lo adquirieron, en 1893, los jesuitas, para salvar de una segura ruina la cuna y albergue de aquel prócer que fué su hermano en religión. Allí instalaron su noviciado y comenzaron una reforma ó restauración que ofrece el fuerte contraste de lo viejo y lo mo-

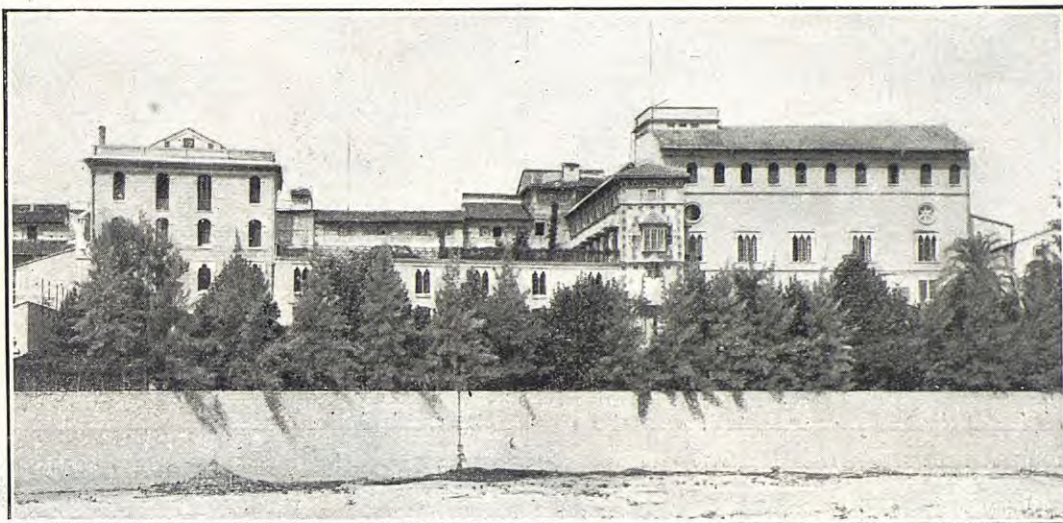
derno amalgamado; pero no deja de ser plausible. Y en la sala de los Carroces y Centelles recogen en un naciente museo las viejas piedras heráldicas, tablas góticas, tapices, bordados, muebles antiguos, armas, estatuas, azulejos, barros, chapiteles, estucos y otros objetos, restos de pasada grandeza amenazados de desaparición.

ooo

El gigantesco caserón ofrece obras de todas épocas. La fachada posterior, recayente al río, presenta mayor visualidad y menor monotonía que el frontispicio de entrada, que se extiende á lo largo de una plazoleta. Esta

fachada exterior, que eleva el alero del tejado á 20 metros de altura, fué revocada en su primitiva factura y enjalbegada de cal sus pretenciosas pinturas murales del Renacimiento. Sobre la cuadrada arrabá del redondo arco de entrada, luce un gran blasón mixto de Borja y Oms, contenido su saliente marco de piedra entre dos figuras humanas de alto relieve, mutiladas por los agermanados la noche del 25 de Julio de 1521. Traspuerto el portal, nos encontramos en un grandioso patio de armas, al cual recaen los góticos ventanales restaurados, conservando todavía el recayente á la escalera los seculares hacheros de hierro. Al extremo opuesto aparece la escalera de honor, desviada en su primer tramo hacia el centro del patio y cobijada la segunda sección bajo alta marquesina, y apoyando en tres arcos ligeramente apuntados que, á su vez, contienen: el inferior, paso á interiores dependencias; el central, un viejo pozo, y el superior, un grandioso relieve heráldico ó pendón genealógico de los diez primeros duques. Dicho último tramo de escalinata pertenece á la primitiva obra del palacio, y el cariño de los actuales moradores lo ha guarnecido de artísticas rejas de hierro, móviles, para evitar el desgaste de los ladrillos que, puestos de canto, forman los escalones, y se gloriaron con las pisadas de aquel santo prócer que se llamó Francisco de Borja.

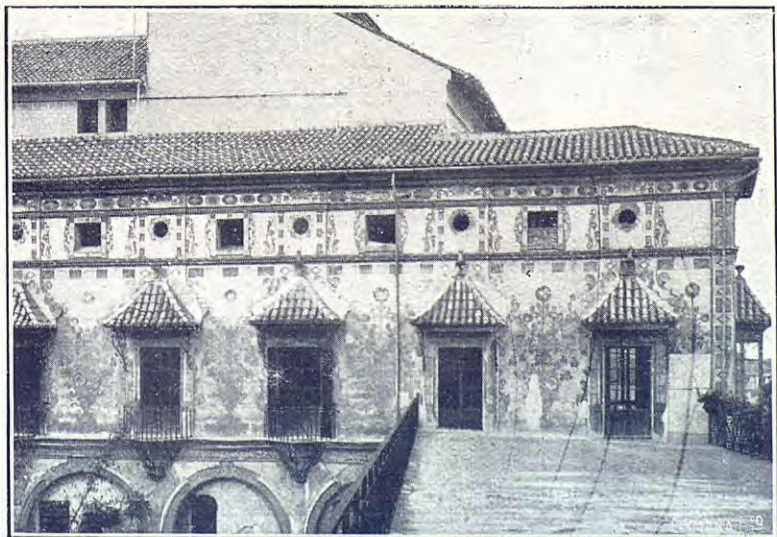
Pero detengámonos ante los rústicos peldaños para guiar antes á mis lectores por algunas dependencias de la planta baja del edificio. Las necesidades de las distintas épocas han ido variando la distribución interior de este inmueble, siendo difícil señalar la exacta situación de los salones y compartimientos que nos recuerdan los documentos del archivo. Cerca de las caballeri-



Fachada posterior del palacio ducal, recayente al río Serpis



Escultura de mármol negro, procedente, quizá, de una fuente árabe, y que se guarda en el antiguo jardín del palacio de Gandía



Balcones de la galería dorada, con marquesinas de tejas policromadas



Detalle de los balcones, del siglo XVI, en el palacio ducal

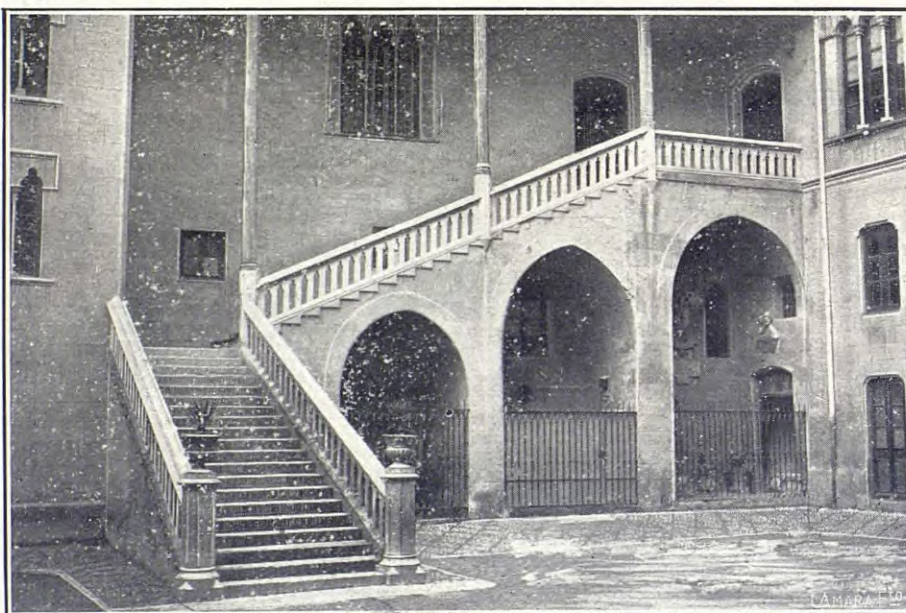


Tapiz representando el bautizo de San Francisco en el palacio ducal



Tapiz representando la marcha del santo duque al noviciado de jesuitas

zas, y no lejos del baño, estaba la vasta armería (hoy refectorio de la comunidad). De su elevada techumbre se conservan tablas decorativas y escudos de nobleza. La puerta Renacimiento del vestíbulo se conserva intacta, así como la más pequeña y ojival del entresuelo. Pero lo más notable del piso bajo es la capilla de San Miguel, con su precioso retablo blasonado de rica talla, bellas esculturas y numerosas reliquias que mandó construir, en el siglo xvi, el VIII duque Francisco Pascual Borja Centelles, conde de Oliva, virrey de Valencia, lugarteniente del rey, comendador y capitán general. La imagen del titular es una inspirada escultura del artista Muñoz. El jardín moderno, recayente al río es delicioso, pero más interesante para la historia el que se está desenterrando junto a los cimientos de los viejos muros. En él pude admirar ricos azulejos valencianos, llaves de paso, hechas de piedra, para las alcantarillas; los artísticos dibujos formados de piedrecitas en los andenes, y, sobre todo, una gran estatua de medio cuerpo sin brazos, muy antigua, labrada en mármol negro, y que debió sostener la taza de alguna fuente mudéjar, á juzgar por ciertos detalles fragmentarios.



Escalera interior del palacio, recayente al patio de armas

inmenso salón de Coronas, así llamado por la inscripción que se lee en el friso, tomada de la epístola de San Pablo á los corintios. Modernos tapices rememorando pasajes de la biografía de San Francisco; un gran retrato del santo en el fondo; una preciosa tabla gótica propiedad del P. León, y una vitrina repleta de antigüedades, forman, aparte de otros muebles modernos, el principal ornato de esta cámara, cuyo alto zócalo lo forman brillantes azulejos. El sobrio artesonado luce seculares maderas labradas entre artísticas policromías.

Colindando con el salón de Coronas está el despacho del duque, convertido en capilla, decorada á todo lujo y fastuosa riqueza ojival. Los pintores jesuitas, hermanos Coronas y Orriols, cubrieron con maravillosas filigranas las bóvedas y muros, restaurados á fines del pasado siglo. Con este aposento comunica el diminuto oratorio privado del santo duque, que tiene forma de ataúd, con pequeño altar al fondo (mudo testigo de las ásperas penitencias con las cuales se martirizaba aquel gran magnate). Allí se venera, ante su retrato, el milagroso «Cristo pobre». El artesonado y pavimentos han sido lujosamente restaurados, y las seculares pinturas murales del oratorio resguardadas con gigantes cos cristales. Junto á estas dependencias se conserva intacta la pobrísima alcoba del santo.

Volvamos sobre nuestros pasos: repasemos el salón de Coronas y, en el extremo opuesto, admiraremos, en la moderna escalera y la sala rectoral, pinturas murales mudéjares con escudos

de Aragón y de Sicilia, que decoraban la sala de la finca. Su misma suerte siguieron el dosel de verde terciopelo, los cuadros de retratos y muebles que adornaban la dependencia. Recayente á la frontera principal está el salón de Aguilas, hoy de San Miguel (oratorio privado de la comunidad); la alcoba del nacimiento (sin restaurar aún), y en el extremo opuesto, la sala del provincial. Prescindamos de visitar la cárcel, archivo y modernas dependencias del piso más alto; atravesemos sin detenernos la sala de los Carroces y los Centelles, convertida en museo arqueológico (que, sobre estar en formación, ya ofrece mucho interés), y demos término á nuestra visita en la magnífica galería dorada, edificada con todo el fausto y magnificencia del Renacimiento para glorificar la canonización del duque Francisco por su ilustre descendiente, duque Pascual, ya citado.

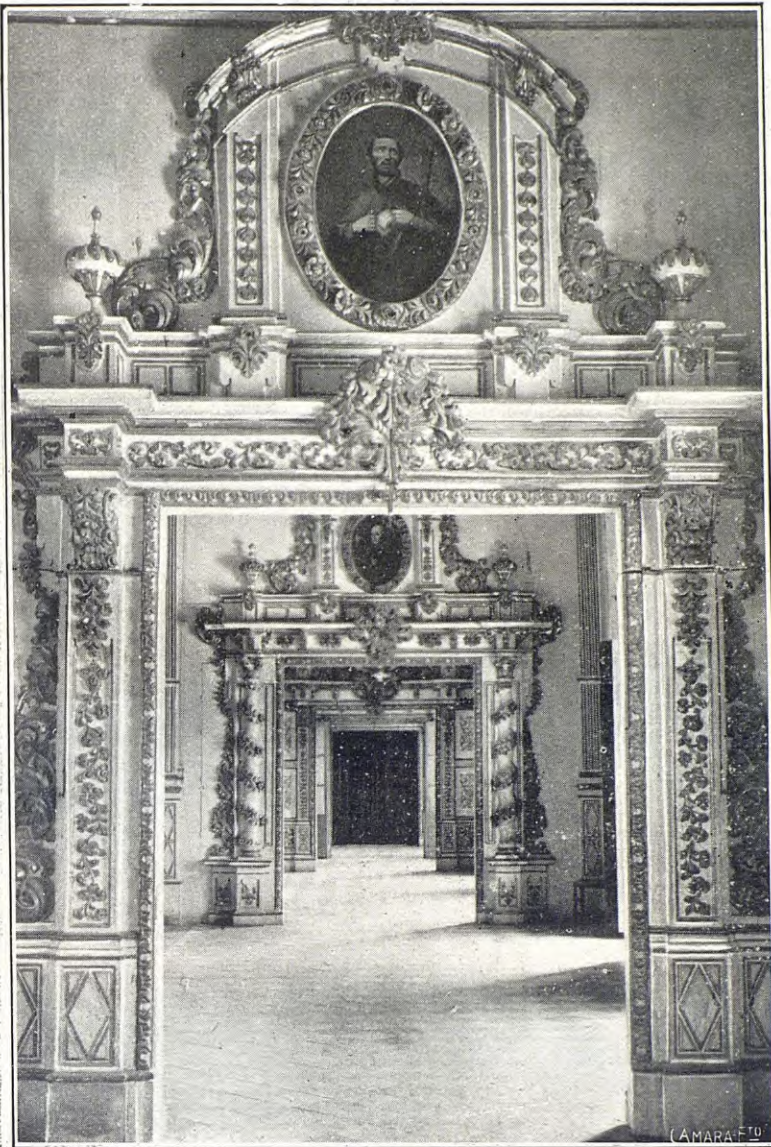
Sobre viejos muros, con arcos apuntados recayentes al jardín, edificóse esta llamada obra nueva en la galería ó mirador al río, con vistas al mar, y que tanto ponderó el cronista Viciano. Son una serie de cinco salones divididos por pretenciosas puertas, y cuyos balcones, cubiertos con marquelines de tejás, les



Tapiz representando la despedida del duque de sus hijos para ingresar en religión



Tapiz representando la llegada del duque al convento de Liombay



Puerta que divide los cinco salones de la galería dorada, en el palacio borgiano



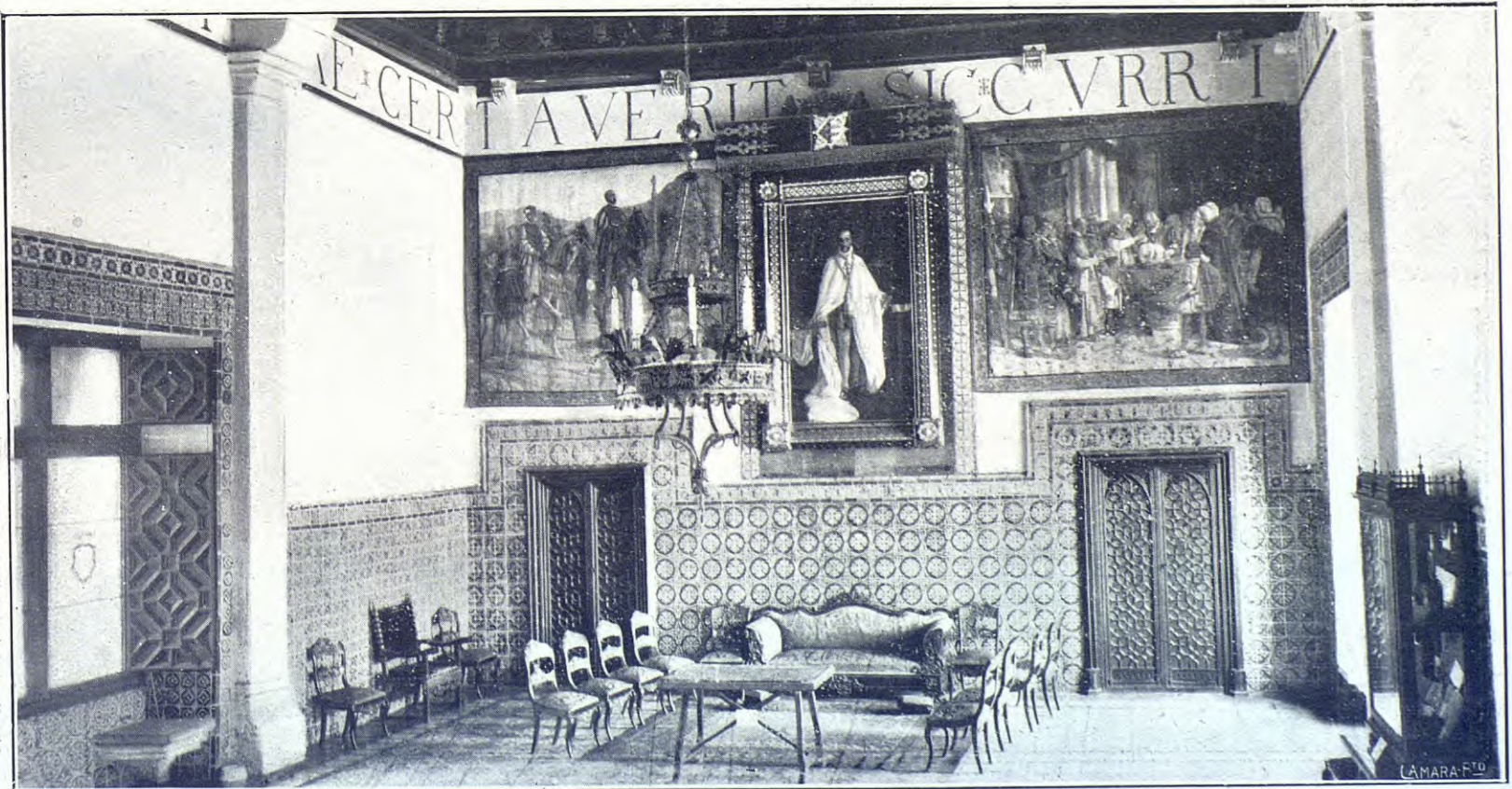
Puerta del vestíbulo en la planta baja del palacio ducal de Gandía

prestan abundante luz. Los pavimentos son de antiguos azulejos, siendo el más notable el del último salón ó rotonda, de tres balcones, ya por los dibujos de dichos azulejos, representando el aire, fuego y agua; ya por la forma estrellada de aquéllos. Los techos cielos rasos de los sa-

lones lucen magníficas composiciones pictóricas del inspirado Huertas, siendo uno de ellos heráldico; otro, de motivo decorativo, y los restantes, preciosas glorificaciones de San Francisco. La meditación sobre estos temas, y los que representan los tapices del salón de Coronas, y la

visita á los descritos aposentos donde moraron los religiosos Borjas, deja una impresión imborrable en el ánimo del turista, que jamás relega ya al olvido el palacio ducal de Gandía.

DR. CARLOS SARTHOU CARRERES



Gran salón llamado de Coronas, en el palacio ducal

PÁGINAS ARTÍSTICAS



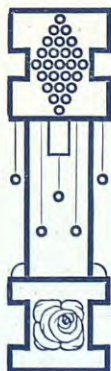
TÍPICA CALLE DE UN VIEJO PUEBLO ESPAÑOL

DIBUJO DE AUGUSTO

LAS SÍLFIDES



Del fondo de la selva llegan ecos dolientes,
el llanto de las aguas de los claros torrentes
y el dulce caramillo de algún joven pastor
á quien un fauno enseña una canción de amor...
Y las sílfides salen de las grutas sombrías,
blancas y luminosas, en las verdes umbrías,
en guirnaldas pomposas, cogidas de las manos,
danzan, como en la brisa los frágiles vilanos,
al son de la sonata de la flauta bucólica,
que acompaña el encanto de una voz melancólica;
las gráciles cabezas, con leve ondulamiento,
se mecen al unísono, siguiendo el compás lento.
Todas, sobre la punta de un pie, á un tiempo mismo,
se inclinan suspendidas al borde de un abismo,
y con vuelos unánimes de sus brazos flexibles
parecen saludar á amantes invisibles...



Unas fingen idénticos grupos de grandes rosas;
otras vuelan en torno, como albas mariposas.
Y así, todas mecidas por un viento sonoro,
parecen defenderse de un abejeón de oro,
ó de un mariposón que las sigue á porfía
entre la laberíntica selva de la armonía...
El caramillo llena la selva de suspiros
y los corros de sílfides trazan rápidos giros...
Torbellinos de gasas, cabelleras flotantes;
las sílfides emprenden carreras delirantes
á través de los árboles, donde al acecho están
los faunos mitológicos del cortejo de Pan...

Goy DE SILVA

DIBUJO DE OCHOA

EL RETABLO DE GRANOLLERS



Tablas del magnífico retablo del siglo XV, existente en la iglesia de San Esteban, de Granollers

El pícaro Ayuntamiento de Barcelona (del que tan mal se habla siempre, incluso en la ciudad condal) verificó en 1915 una de sus fechorías; y ahora ha acordado el pago de la misma: veinticinco mil duros, para comprar el famoso retablo de Granollers, dedicado á escenas de la vida del Santo Patrón. ¿Ha hecho bien? ¿Hizo mal? Para mí, ha realizado una obra patriótica la corporación municipal barcelonesa evitando que esa colección de hermosas pinturas de la segunda mitad del siglo xv, navegue con rumbo hacia los Estados Unidos, que, como pueblo nuevo, se encariña al presente con la arqueología y compra, á peso de oro, cuantas antigüedades artísticas se ponen á su alcance.

Emilio Berteaux (trágicamente muerto en la guerra actual), uno de los críticos franceses más conocedores de nuestra España pictórica, ha escrito en la *Historia del Arte*, de Michel, interesantes páginas dedicadas á las tablas catalanas. Y aunque severo en sus juicios, no siempre halagüeños para los primitivos españoles de esta región, aprecia la dinastía de los Vergós, como manifestación característica de un arte local, en la época de los Reyes Católicos. Del retablo que nos ocupa dice que las figuras expresivas de los grandes *panneaux* (de más de dos metros de alto), son de un realismo seco y pobre; aunque da como atenuación la rutina que en aquellos tiempos se imponía á los artistas, obligándoles á pintar profetas como el David y el Abraham; en que todo se vuelve oro y barbas. Pero ¿qué tiene de extraño ese prurito de riqueza y abundancia en la pintura antigua catalana, cuando ha llegado á nuestros días, en vivo, el figurón del tambor mayor de los regimientos, con sus barbas, y aun hoy los cabos de gastadores? Los barbudos siempre fueron tipos místicos y militares.

El oro debería andar caro á la sazón cuando, según el Sr. Sempere y Miquel (en su magna obra de *Los cuatrocentistas catalanes*), asegura que para la ejecución de este retablo se impusieron por los concellers de aquel Municipio, normas y trazas en los estofados de los fondos y la floración sobre el dorado: á todo costo y lujo, como quien dice. Esclavizada por contrato era la ejecución de estas pinturas; hasta el punto de señalar á los artistas el parecido que sus obras habían de guardar con otras tablas. Y si bien para la libertad y originalidad consiguiente

del Arte, tales trabas perjudican á la inspiración, dan, en cambio, para la Historia un marcado sabor local á las obras y señalado carácter á los tiempos por el gusto, el estilo y la escuela.

En la dinastía de los Vergós pasa lo que, sin duda, ocurre con los Gran Van portugueses. En vez de un solo pintor, debió ser una familia; y lo mismo ocurre con los Gallego de Castilla, que en vez de uno ó de dos, son, probablemente, un maestro y un taller donde trabajan muchos discípulos innominados. Pero entre todos los Vergós hay uno que sobresale, Pablo, y á quien se distingue no sólo por su figura, sino por su grandeza severa y solemne que le equipara al tranquilo realismo de Jaime Huguet, á pesar de estar encerrado dentro de la infranqueable vulgaridad del místico y sin ambiente fondo ritual, impuesto por los concellers.

La predella de este retablo de San Esteban, de Granollers—como acontece con frecuencia—, representa cuadros de la vida de Jesús (la cena, la oración en el huerto, etc., etc.), y por sus dimensiones están tratados los asuntos con mayor esmero que en los compartimientos de la vida del Santo Patrón del pueblo, en gran tamaño y con menor fineza.

El esfuerzo que realiza la Junta de Museos de Barcelona (léase el pícaro Ayuntamiento que paga sin regatear) es digno del mayor aplauso. Va reuniendo una espléndida colección de tablas para la historia de la pintura antigua, donde puede estudiarse ya hoy la génesis de la catalana, advirtiéndose los influjos de las escuelas italiana y flamenca, de cuyas dos direcciones es hija, principalmente. Lo cual no excluye que portugueses y cordobeses, al venir á pintar en Cataluña, dejaran rastro profundo; tanto, que en unos y otros, singularmente en Basco Fernández y Juan Payva entre los primeros, y en los Baena y Bermejo entre los segundos, se hayan inspirado después, durante la segunda mitad del siglo xv, y posteriormente, muchos artistas catalanes.

La Pinacoteca de Barcelona, en este género pictórico no es apacible, á la verdad, pues aquí degüellan á San Mediu, maravillosamente—quiero decir desde el punto de vista artístico—; allí, queman á San Vicente, con un naturalismo chirriador; más allá, rasgan la piel con un cepillo de acero al mismo santo, empalado; en varios sitios, escenas del Calvario representan las caídas de Jesús con la cruz á cuestas; si se vuelve

la mirada por acá, ojos amenazadores que velan la muerte de este ó el otro demacrado asceta, parece como que interrogan al turista preguntándole *medievalmente*, en forma nada tranquilizadora: «¿qué busca usted aquí?», y uno se vuelve á otro lado, como diciendo: «usted perdone». Hasta en las vírgenes interesantes, y algunas hasta idealmente bellas, resplandecen gestos de desdeñosa majestad nada atrayentes... hay momentos de pesadilla. Y medita el visitante en que las salas son admirables para una galería de cuadros; pero, ¿quién es capaz de colgar en su despacho (no digamos en su alcoba) estos magníficos modelos de la centuria que cierra la Edad Media y abre la Moderna?... y empieza uno á pensar con deleite en Rubens, en Teniers, en Wateau.

Ahora, en estos días, cuando se iba á incautar el Museo de Barcelona del gran retablo de Granollers, ha surgido una dificultad. El prelado parece ser que no interpretó bien los deseos de los dos Ayuntamientos citados, con respecto á las cláusulas del contrato para el pago de las 125.000 pesetas; y á pesar del permiso de la nunciatura, y del convenio estipulado, se discute si diez mil duros han de ser para la construcción de la capilla y convento que han de ocupar las monjas del hospital-asilo; doce mil, para rentas con que mantener enfermos, enfermeras y personal facultativo, y los tres mil restantes para reparaciones en la iglesia mayor parroquial.

Y el señor obispo se halla dispuesto á devolver la parte percibida si no se llega á un acuerdo, en vista de las discrepancias.

También se quiere poner en claro el extremo concerniente á que vuelvan ó no las rentas á la parroquia si un día deja el hospital la Congregación de Hermanas de la Caridad, convirtiéndose en hospital-asilo civil enteramente laico.

Hasta en esto se notan aires de revuelta, como si al presente nadie ni nada pudiera sustraerse al influjo del torbellino que nos envuelve.

De esperar es (de desear seguramente al menos) que se seren en los ánimos y se tranquilicen los hombres, al modo de esos personajes hieráticos de las tablas góticas, que miran, á quienes los contemplan, con ojos escrutadores, como si quisieran adivinar el presente desde las alturas de su impasible eternidad.

H. GINER DE LOS RÍOS

DE NORTE A SUR

Los cuadros falsos

Andan estos días engrescados, y tozadamente fijos en sus contrarias opiniones, unos cuantos escritores, críticos y artistas, discutiendo la autenticidad del supuesto retrato de Cervantes por Juan de Jáuregui. No llegarán a un acuerdo definitivo, porque, si hay algo quebradizo y hostil al criterio ajeno, es la vanidad de un poseedor o de un tasador de obras pictóricas, en el caso de que éstas resultaran falsas.

Moreau Vauthier cita el caso del propietario de un paisaje de Guillemet, que llevaba falsariamente la firma de Courbet, y que, al ser advertido de la falsificación, contestó: «¡Bah! ¡Si se lo he comprado yo mismo al propio Courbet!»

Coleccionistas y marchantes conozco yo capaces de afirmar que se entendieron directamente con Murillo para comprarles sus sendos lienzos, notoriamente falsos.

Casi a diario surgen chamarileros, o simplemente particulares, que poseen o creen poseer un Velázquez o un Goya o un Greco—son los casos más frecuentes y endémicos—, en tal cantidad, que habrían precisado aquellos pintores doscientos años de vida y cuádruple número de manos para pintar cuantos lienzos se les atribuyen.

Para escarmiento de vanidosos, enseñanza de cándidos y simple entretenimiento de lectores desocupados, bueno será repetir lo que varias veces se ha dicho acerca de los cuadros falsos y de la astucia de los falsificadores.

La falsificación más «honrada»—valga la paradoja—es aquella que tiene por base un cuadro antiguo de una gran escuela, pero debido a un artista inferior de dicha escuela.

Son los llamados en italiano *quadri di fabbrica*, y en francés *tableaux a tournure*.

En ellos «se encontraba (Horsin Deon) reunidas las condiciones exigidas para una obra maestra antigua: vieja tela, vieja y agrietada pintura, con todas las enfermedades de la edad, reales, indiscutibles, auténticas y una factura no menos auténtica y real. Como, después de todo, esta obra sin mérito alguno procedía de un artista vulgar é insignificante, era fácil transformarla por medio de hábiles toques y veladuras, hasta alcanzar el estilo del gran pintor, jefe de la escuela.»

En cuanto al modo de patinar esos toques para envejecerlos convenientemente, el «pasticheur» puede utilizar indistintamente azafrán, hollín desleído, regaliz o café. Luego se barniza y se completa la obra atenuando el brillo del barniz demasiado reciente con una mezcla de laca amarilla, betún y arcilla roja.

Pero, entre estos cuadros falsos que, como las mentiras más peligrosas, tienen un fondo de verdad, y las modernas cromotipografías alemanas—rascada la parte posterior del cromo con piedra pómez y pegada la película sobre un lienzo viejo—que ofrecen primitivos germánicos o italianos a los burgueses enriquecidos, hay una serie enorme de procedimientos y martingalas. Ocupan, como es natural, el primer puesto, las copias hábilmente hechas, de obras maestras, bien con fidelidad o bien con leves modificaciones inspiradas en otros detalles o figuras del mismo artista. Unas veces obra el falsificador por cuenta propia, y otras en complicidad con el propietario o custodio de la obra, o por cuenta de un marchante poco escrupuloso.



Reproducción original de un cuadro de Watteau (Galería Nacional de Edimburgo)

En Francia, en Italia, incluso en España, es frecuente el caso de nobles arruinados o de entidades religiosas que encargan copias de obras originales que les pertenecen para substituir a éstas y venderlas sin peligro de ser descubiertos. Pasan los años, mueren los cómplices de la superchería y estas copias adquieren—como novelcos aventureros que se apoderasen de nobiliarios títulos—una autenticidad indiscutible.

«En las ventas por fallecimiento de un artista célebre—dice Moreau Vauthier—se encuentran con mucha frecuencia estudios empezados, cuadros apenas abocetados. Como llevan en el dorso la estampilla oficial de la venta, los falsificadores se aprovechan de esta circunstancia para pintar sobre el lienzo apenas manchado, una composición completa, dotada de una autenticidad absoluta y que se puede vender bien.»

El falsificador de cuadros antiguos no retrocede ante nada. Crea la crasitud, la mugre secular por encima o por debajo del barniz, vertiendo sobre la tela recién pintada la mezcla dicha en un párrafo anterior u otra de jugo de regaliz y ceniza, que extiende y frota con la palma de

la mano. Ni siquiera prescinde de las huellas de las moscas, que se imitan con un pincelito mojado en goma, teñida con sepia y tinta china. Incluso añade algunos toques preconcebidamente burdos para indicar torpes restauraciones.

Pero aún no está completa la obra. Hace falta obtener los resquebramientos, la dureza, el «dorado» con que el tiempo ennoblece a los cuadros antiguos. Y entonces llega el momento de *passer au four*, de cocer un poco la obra en el horno de un panadero, con lo cual la pintura adquiere indicios de una «edad avanzada». Si no se ha resquebrado bastante, se puede emplear una simple aguja o, en último caso, los martillazos sobre una plancha de metal que se coloca sobre el lienzo, y dejando a éste en hueco.

Por cierto que el procedimiento de la aguja o del punzón, que hace un agujero redondo o resquebraja el color según la época en que fué pintado el lienzo, pierde igualmente su eficacia con esta sequedad y dureza que adquiere una pintura *passée au four*.

Como también se defienden los falsificadores contra la prueba del alcohol. La pintura reciente no resiste la más pequeña fricción alcohólica, y la antigua sí. Basta, sin embargo, extender sobre el cuadro falso una ligera capa de cola para que el alcohol resbale sobre ella...

«En cuanto a la firma—dice Moreau Vauthier—es imitada por especialistas que conocen exactamente la firma de todos los artistas célebres. Estos eruditos de la pintura, llamados monogramistas, saben las costumbres de cada gran pintor: la manera de firmar, el sitio donde firmaba y el color preferido para ello. Llevan su habilidad hasta el punto de ocultar a veces la firma bajo una capa de suciedad o de color, dejando al cliente la satisfacción de descubrirla por sí mismo. ¿Cómo ha de dudar éste de la autenticidad de su adquisición?»

ooo

Contra los falsificadores de cuadros empieza a emplearse el aparato microfotográfico de un sabio inglés, Mr. Laurie, que es un experto conocedor de escuelas, autores y técnicas pictóricas. Mr. Laurie proyecta sobre un vidrio deslustrado aquella parte más característica y representativa de la factura de un gran pintor. Un aumento de tres diámetros consiente establecer la diferencia de pincelada entre una obra original y una copia, por hábil que ésta sea.

Como demostración de la infalibilidad de su procedimiento, analizó una cabeza de mujer del cuadro de Watteau, *Fiesta campestre*, que existe en el Museo de Edimburgo, comparándola con la pintada por un copista.

Luego ha descubierto la falsificación de un Teniers apócrifo, valiéndose de una microfotografía de un Teniers auténtico que existe en la National Gallery.

Sólo faltaba que este último Teniers no sea tampoco auténtico, porque precisamente se trata de uno de los autores más falsificados... y más falsificadores. Paul Eudel afirma en *Le truquage*, que *n'a épargné personne et a produit des pastiches de Titien lui-même*.

De todos modos, la intención de Mr. Laurie es buena. Para descubrir falsificaciones anteriores y para perfeccionar las futuras.

Porque el auxilio de un buen aparato microfotográfico servirá para conocer mejor las pinceladas de los maestros y copiarles con toda exactitud.

José FRANCÉS



Microfotografía de una cabeza de un cuadro original de Watteau



Microfotografía de una cabeza de un falso cuadro de Watteau

FOTS. BOYER

LEYENDAS HISPALENSES

EL ARREPENTIMIENTO DE MAÑARA

Por aquel tiempo era el Compás de la Laguna lonja de celestinas y lugar de concurrencia de barateros y rufianes. En él tenía Maese Lope, el carilucio, rechoncho y patizambo hostelero, un acreditado mesón, con crucifijo sobre el dintel, alumbrado por faroles.

De la tal pieza salían cierta noche don Miguel de Mañara con traje de terciopelo, ostentando sobre el pecho la Cruz de Calatrava, y en el sombrero cintillo de diamantes; su escudero Gregüela, moreno y de retorcido mostacho, y don Santiago de Acebedo, el pródigo galán.

Cuando se les acercó una mujer encubierta, demandando una limosna para su madre desvalida.

Gregüela, de instintos protervos, se abalanzó sobre la infeliz, arrebatándole el manto, por lo que huyó la niña, desfavorida...

Tras ella corrieron también los livianos caballeros.

Don Miguel paróse en un callejón, contemplando, con cierta repugnancia, la caza de la criatura, la que, llegándose a él, apenada, le dijo: —¡Caballero, defendedme!—Y Mañara, alzándola del suelo y acogióndola en sus brazos, gritó a los perseguidores: —No haya quien ose tocar lo que yo amparo.

Y la sacó de aquel infierno, encargando a sus amigos que no le siguiesen. Bien pronto se vieron don Miguel y la niña, pasando el Arenal, en la orilla del río. Allí se alzaba la humilde choza de la perseguida, y, contemplando su pobreza, sintió Mañara nacer en su corazón el sublime sentimiento que engendra la Santa Caridad.

En su triste aposento quedó socorrida la niña, y el sol de la mañana vió a don Miguel dirigirse al hogar de sus mayores, por el rocío de la piedad ablandado el corazón.

ooo

Entre las sombras de la noche vagaba don Miguel por la ciudad, turbado por los excesos de la última orgía.

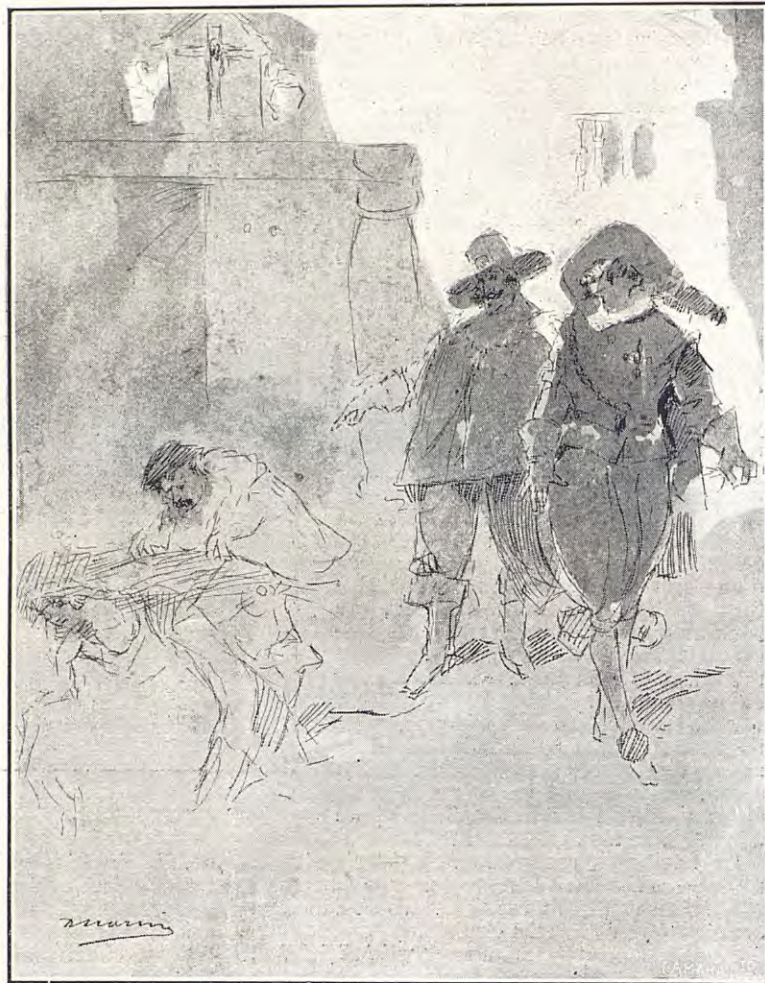
Dando traspiés iba, de acera en acera, con la aturdida mirada puesta en una ventana cuyos hierros despedían fulguraciones.

Ante ella se detuvo, contemplando un cuadro aterrador.

En el aposento, que recubrían fúnebres telas, yacía una hermosa mujer entre cirios. Era la bella Ana, su último amor burlado.

Queriendo recobrar la fortaleza de su ánimo, huyó don Miguel de aquel lugar; pero la Muerte le seguía poniendo en su corazón el frío de sus manos descarnadas.

Mañara, desvanecido y en tierra, veía surgir de las sombras mil de-



monios, brujas y espectros, apareciéndosele una larga procesión de fantasmas que cantaban con helada voz el *Dies Irae*.

Pegado a un muro, y temblando, miraba avanzar la espantosa procesión. Mas recobrando su orgullo el bravo galán, preguntó a uno de los fantasmas: —¿Quién es el muerto? —Miguel de Mañara—dijo una voz aterradora. Y el caballero fué preguntando a todos, y todos lo mismo le respondían.

—¡Imposible! ¡Imposible!—gritaba don Miguel.

Y, loco, se lanzó sobre el ataúd que los fantasmas conducían; mas haciendo pedazos el crespón con que iba envuelto, vió, espantado, que el muerto era don Miguel de Mañara.

ooo

Aquella niña arrebatada por el gentil caballero de las garras de sus perseguidores una noche en el Compás, contemplaba desde su choza, a la clara luz de la luna, cómo corrían las aguas del Guadalquivir. Hasta ella llegó el impúdico Gregüela, ciego de pasión y de deseo.

La niña, viéndole llegar, prorrumpió, aterrada: —¡Sálvame, madre!—; y de entre la sombra se alzó una visión, con un puñal en la mano, que dijo a Gregüela: —¡Si dais un paso, seréis muerto!

Retrocedió el escudero y, acercándosele la sombra, hízole saber que era su propia hija la que intentaba mancillar.

En aquel momento llegó Mañara con gentes.

Mas Gruegüela se adelantó hasta él, implorando: —¡Si es mi hija!, ¿cómo queréis que os la venda?

—¡Vengo a salvarla!—gritó don Miguel.

Entonces Gregüela, arrojando a la niña al río, contestó: —Vedla: la ha seducido la Muerte.

ooo

La aurora sorprendió a Mañara entre los naranjales floridos que festoneaban el Guadalquivir, regando con sus lágrimas la blanda tierra.

Su cabeza había encanecido, y con la muerta en sus brazos se encaminó a la hermosa ciudad. Al verlos, se preguntaba la gente: —¿Cuál de los dos es el cadáver?

Pasaron algunos meses, y se notó en Sevilla que faltaba el demonio.

Un día vióse a don Miguel de Mañara entrar en San Jorge y orar con ánima contrita. Luego se supo cómo consumía toda su hacienda levantando un hospital.

Y cuéntase que el arrepentido mozo no se reservó de él más que el reducido confin de un huerto, donde sembró por su mano ocho rosales en memoria de otros tantos pecados de Amor.

Dice la leyenda que, cuando el caballero los regaba por las noches, se escuchaban cantos peregrinos y rumor de alas.

Y en los rayos de la luna bajaban ocho arcángeles sobre los rosales. Eran las víctimas inocentes del burlador galán que, por enjugar su llanto, le decían: —Dios te perdona.

Y subían al cielo.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN

DIBUJOS DE MARÍN

LA MANTILLA



*Igual que un airón de manolera
la negra mantilla fué como una joya
que en lances nocturnos y de galanía
lucieron las majas-duquesas de Goya.*

*Tuvo en las calesas, junto al Manzanares,
su trono galante la negra mantilla,
y en Semana Santa se embriagó de azahares
en los encantados patios de Sevilla.*

*Da sombra á esos ojos de azules ojeras,
de las hembras tristes como peteneras,
que aman con fatales furias de pasión.*

*¡Encaje almagreño con negror de noche,
que en medio del seno prende, como un broche,
una rosa roja como un corazón!*

*Mantilla de espumas, blanca celosía
de los ojos negros de un hechizo mero,
ojos que se ahondan cuando en la alegría
del coso, salpica la sangre del toro.*

*¡Encajes de nardos y luna, primores
de nieve, de cisnes y linos pascuales*

*que en el Jueves Santo son cual blancas flores
en torno á esas Virgenes de siete puñales!*

*Flor de la majeza, nevada mantilla,
grácil como el ritmo de la seguidilla,
blasón de la clásica goyesca verbera.*

*Musa de castizos y alegres cantares
que cae como lluvia de albos azahares
sobre las manolas de carne morena.*

Emilio CARRÈRE

DIBUJO DE OCHOA



NUESTRAS VISITAS

EMÉRITA ESPARZA



Púsose de pie, más que para encender la luz eléctrica, para encantarme con la extraordinaria elegancia de su figura frágil, delicada, sutil, espiritual.

Todos la conocéis; sin embargo, dejadme que yo la retrate.

Es alta, delgada y quebradiza. Posee esa suprema distinción que en el frívolo lenguaje de los salones se califica de *chic*. No es una criatura bonita, ni es tampoco adecuado llamarla hermosa. Es... una belleza original. Parece una de esas evocaciones fantásticas de los ensueños de los paraísos artificiales; la abstracción de un pintor infiltrado por una mezcla de paganismo y misticismo. Aparecía envuelta en una bata de seda negra que ceñía dulcemente la esbeltez un poco fatigada, algo desmayada de su figura, y que hacía más resaltar la blancura alabastrina de su escote. Su rostro, de agudo y fino perfil, y sus cabellos negros peinados hacia atrás, componen una bella cabeza de estudio. Sus ojos, muy grandes y muy pintados, brillan bajo la sombra de las largas pestañas, y su boca, eternamente entreabierta, parece estar siempre atormentada por la sed de amar.

Hay en las negras pupilas de Emérita algo que atrae y domina; algo que incita y contiene á un mismo tiempo.

Nos hallábamos instalados en una habitación á medio amueblar. Tras de encender la luz, Emérita volvió á dejarse caer con pereza felina sobre el sofá. Antes de enhebrar de nuevo la conversación, le ofrecí un cigarrillo egipcio, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Fuma usted?

Hizo un gesto de indiferencia:

—¡Pseh! Sí fumo, pero no por necesidad. Después de una cena en agradable compañía, y cuando puedo saborear una larga sobremesa de grata charla, sí me gusta fumar. Ahora lo haré por acompañar á usted.

Encendió el cigarrillo. Arrojava el humo hacia arriba lentamente, en pequeñas bocanadas.

—Es usted una mujer extraordinaria.

—¿Extraordinaria en qué?—inquirió sonriendo.

—¡Bah, en todo! Física y espiritualmente.

Mientras que con el dedo meñique despojaba al cigarro de la ceniza, murmuró:

—Yo presumo más de interior que de exterior. Creo que estoy mejor amueblada de entendimiento que físicamente. Por lo menos, me inquieta la curiosidad de enterarme de muchas cosas que no preocupan á otras mujeres. Esto, sin que pretenda ser pedante ni bachillera. Es, sencillamente, que quiero enterarme de la vida que me rodea, para poder hablar con ustedes los

hombres y no sentirme demasiado ignorante y desairada.

Hizo una pausa. Dió una chupadita á su egipcio. Después, muy lentamente, comentó:

—¡Oh!, eso de no entenderse con una mujer más que en un terreno, debe ser espantoso. El motivo de que muchas mujeres pierdan muchos ratos de conversación y de trato con sus maridos, es ese: que no saben manifestarse más que como esposas, y, á lo sumo, como amas de casa, sin tener en cuenta que lo uno no interesa á los hombres más que un momento, y lo otro, ni un momento siquiera. Yo creo... ¡Qué sé yo! Que la mujer debe de ponerse en condiciones de ser, ante todo, el amigo del hombre. Es muy triste pensar que un hombre tiene que buscar en la calle amigos con quienes identificarse y quienes lo comprendan, porque la mujer propia no sabe hacerlo...

—¿Qué tiene usted más, amigos ó amigas?

—Amigos. Me agrada mucho más cultivar la amistad de los hombres.

—¿Por qué?

—Qué sé yo. Porque es patrimonio femenino la rivalidad.

—¿Nada más que por eso?

—No. Y, además, por la superioridad intelectual del hombre. Mire usted, á mí me gusta

mucho charlar, mejor dicho, escuchar; yo me emborracho oyendo hablar; claro que oyendo hablar cosas interesantes que valgan la pena de prestarles atención, y nosotras las mujeres, desgraciadamente, no sabemos decir cosas interesantes.

Callamos. Yo meditaba una pregunta. Ella exclamó, de pronto, como si pensase en alta voz: —Aquí, *El Caballero Audaz* no va á poder lucirse.

—¿Qué quiere usted decir, Emérita?

—Que conmigo no va usted á hacer nada notable.

—¿Y eso?—inquirí sonriendo.

—Porque yo no tengo ningún relieve; soy plana... y no hago nada extraordinario.

—¿Ni lo ha hecho usted?

—Ni lo he hecho. De verdad. Con la imaginación sí he cabalgado mucho. He pensado cosas extrañas; he caminado á mil kilómetros por hora; pero luego el cuerpo no se ha movido. Tengo un espíritu europeo y una materia musulmana. Quieta en mi lecho, ó desde una meridiana, mi fantasía vuela y plantea mil cosas bonitas; pero la inercia no me deja llevarlas á cabo.

—¿Es usted andaluza?

—No, señor. ¿A que no sabe usted en dónde he nacido?

—¿Cubana?

—Nada de eso. Soy de Barcelona, criada en Madrid.

Hizo una pausa; después, con acento burlón, prosiguió:

—Cuando chica, era feíta como un diablo. Luego, gracias á un esfuerzo de la voluntad, conseguí mejorarme. Yo creo que la voluntad es la diosa del triunfo. Pero no ponga usted eso, no vayan á figurarse los que lo lean que estoy en la idea de que soy una preciosidad.

—Entonces, ¿cómo cree usted que es?

—Amigo mío, tiene usted unas preguntas—protestó con coquetería graciosa—. Yo de mí creo que no hago daño á la vista de los que me miren. ¿No cree usted que ya es bastante?

—¿Era usted buena de pequeña?

—¡Quíá! No; al contrario. Era de la piel de Satanás. Tanto es que, cuando ahora su abuela le cuenta á mi hijita mis travesuras de entonces, la pequeña me mira y ríe, y yo escurro la vista y tiemblo de que ella las tome como ejemplo.

—¿Tuvo usted afición al teatro desde muy pequeña?

—A los quince años se despertó mi inclinación; pero no crea usted que mi afición era de exhibicionista, nada de eso, sino verdadera vocación de artista. Y en seguida debuté en la Zarzuela con *La contrata*.

—¿La emocionó á usted mucho su primer debut?

—No. Menos que la reaparición. ¿No ve usted que era muy joven y que salí indocumentada? Mi reciente debut en el Reina Victoria me emocionó mucho; más que nada, porque llevaba sobre mí la pesadumbre de un nombre artístico.

—¿Y por qué abandonó usted el teatro?

Titubeó un momento; después murmuró tristemente:

—Por algo muy grande. Por lo único que se pueden hacer esas cosas en donde tanto se sacrifica.

—¿Por un amor?

—Sí, por un amor—repitió tristemente.

Y como yo continuara en silencio, interrogándola con la mirada, hizo un delicioso mohín de enojo y protestó:

—Pero bien: hablemos de otra cosa. De amores no me gusta hablar: me gusta sentirlos; con el amor ocurre lo mismo que con la religión: el que menos habla de ella es el que mejor la practica. ¡Amar es una cosa muy seria!

Y suspiró dulcemente, como si toda su alma se hubiese deshecho en recuerdos gratos.

—¿Cuál ha sido el momento más feliz de su vida?

—¡Hay tantas clases de felicidad! El momento más dichoso de mis días es el momento de despertar y ver en la puerta de mi alcoba una nena deliciosa que, á media lengua, dice: «Mamá, ¿se piede?»

—Y dígame Emérita, usted que es madre, ¿los hijos, compensan de la pesadumbre de vivir?

—Sí—exclamó firmísima—. Por lo menos, cuando son chicos, no hay felicidad que se iguale á la que nos proporcionan ellos; son un refugio del alma, un oasis, un manantial de energías para la lucha.

Tras un silencio, continuó:

—¡Sabe Dios qué cascabel extraño sería yo sin mi hija! Claro que el *yo* se pierde; ¡pero se pierde tan á gusto!

—¿Es usted sentimental?

—No sé. A mí me parece que soy apasionada, y un poco romántica.

—He visto un admirable cuadro de Romero de Torres, para el cual ha servido usted de modelo.

—Sí; *Salomé*. Mía es la cabeza nada más. Me

sentí *Salomé* por unos minutos. ¡Cosa más lejos de mi espíritu! Yo que me desmayo con ver una gota de sangre.

—Bueno, siga, usted contándome su carrera artística.

—Pero si ya lo sabe usted todo. Yo no he trabajado más que en Madrid. Entonces y ahora. ¿No le digo á usted que soy una mujer que no tengo historia, que no tengo hechos?

—¿No trabajó usted en París?

—Sí; seis meses, y cuatro en Bruselas. Después me fui á Méjico, ya de particular.

—¿La opereta es el género por usted preferido?

Hizo un gesto de lenta negativa:

—No—lamentó—. Yo siento el verso. A él hubiera ido con toda mi alma.

—¿Y cómo ahora, en su segunda etapa artística, no se ha dedicado al verso?

—Era ya demasiado tarde. Fijese usted que, cuando yo me he presentado en el Reina Victoria, aunque en realidad no valía nada, era una criatura con un nombre encima.

—¿Qué satisfacción busca usted en el teatro?

—Yo, en el teatro, busco la emoción, y más que la emoción y satisfacción del público, busco la m'a. Ahora bien, que yo soy más exigente que el público; pocas veces estoy satisfecha de mí.

—¿Qué aspiración suprema acaricia usted para el porvenir?

Para meditar entornó los ojos un momento.

—Bueno; aparte de las familiares, aspiro á hacer algo grande, algo definitivo que á mí me satisficiera plenamente.

—¿En qué terreno?

—Qué sé yo. Desde luego, en el arte. Claro que esto no pasará de aspiración, pues, como le he dicho á usted antes, soy perezosa para ejecutar los pensamientos.

—¿En dónde le gusta á usted más vivir: en el campo ó en la ciudad?

—Como no soy inconsciente, me gusta el campo cuando estoy en la ciudad y la ciudad cuando estoy en el campo.

—¿Es usted aficionada á los toros?

Sonrió, simulando confusión:

—Qué sé yo. Voy á ellos de vez en cuando, y me gustan como fantasía ligera; reflexionando, no me gustan; por instinto, sí; hay algo caliente en la raza que nos arrastra. ¿No?

—En efecto—asentí.

—¿Qué es lo que la inquieta á usted más de la vida?

—La suerte de mi hija y... la vejez.

—¿Qué prefiere usted: verse fea y vieja, ó la muerte?

—¡Oh!, no—protestó rápida, como si el terrible fantasma de la vejez la atormentase—. La vejez es la renunciación al *yo*, es la prosa, y yo soy un poquito romántica; es la triste realidad, y yo adoro las ilusiones.

Calló, y paladeando lentamente las sílabas, murmuró:

—Lo más bonito que hay bajo el cielo, es una ilusión.

Consulté el reloj.

—Llevamos dos horas hablando, Emérita—exclamé sorprendido.

—¡Ah!, ¿sí? Y lo bonito que tiene esto es que le he hablado á usted con una sinceridad absoluta. Todo lo que le he dicho es mi manera, mi mismo sér.

EL CABALLERO AUDAZ



Emérita Esparza en el Parque del Oeste

FJTS. CAMPUA

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



*Flores
del
Campo*



*Polvos
dentífricos
Oxenthol*



Modas de Floralia ⁽¹⁾

PARA vestir á los grandes bebés la moda cuenta, en esta estación, con verdaderas maravillas: tendrán, como sus mamás, trajes con sobrefalda, manguitos, cuellos y sombreros haciendo juego con el vestido, y, sobre todo, *toilettes* de terciopelo, de terciopelo «frisson», el éxito de la temporada, y delicadísimas creaciones «FLORES DEL CAMPO», éxitos de siempre.

Los más elegantes modelos para vestir son de terciopelo «frisson», que alcanzan el máximo de su elegancia rica y de un severo clasicismo en los tonos oscuros, azul ó negro. En negro, con bordados de plata ó de perlas fresa, he visto dos modelos dignos

de ser immortalizados por un buen pintor moderno. El último modelo que os he dibujado es de terciopelo «frisson» azul cuervo: se compone de una falda sujeta á un cuerpo interior y de una amplia túnica dividida en dos; en la parte superior lleva menos vuelo que en la inferior. Los bordados son de soutache de plata y la piel de «skungs».

Muy de vestir el del centro; es de crespón de China ó de «voile» color azul «lavande». De un canesú liso con bordados de seda blancos sale el vestido enteramente hecho á tablitas, sujetas con una cintura floja; se abrocha en los hombros.

Aunque este invierno se llevan menos los bolsi-

llos, el primer modelo de abrigo los tiene por petición expresa de su amita, que se rebela, así como otras muchas, á tal supresión.—¡Qué haremos de los brazos!—dicen ellas, consternadas; y entonces las modistas ofrecen nuevos modelos de manguitos; ¡bah!, todo es cuestión de gastar un poco más; y las pollitas se dejan convencer por la modista, como lo hacen sus mamás, á las cuales imitan ya en todo, incluso en usar exclusivamente los exquisitos productos de la PERFUMERÍA FLORALIA, que, naturalmente, embellecen y preparan sus deliciosas epidermis para éxitos futuros.

MAR DE MUN



(1) Llamamos la atención acerca de los nuevos admirables POLVOS DENTÍFRICOS de OXENTHOL, á base de oxígeno, que se han puesto á la venta al precio de 1,25 pesetas caja